

# LA FRACTURA BRASILEÑA DEL MUNDO: VISIONES DESDE EL LABORATORIO BRASILEÑO DE LA GLOBALIZACIÓN

*The Brazilian Fracture of the World:  
Visions from the Brazilian Laboratory of Globalization*

PAULO ARANTES\*

## 1 CITA INELUDIBLE

Uno de los mitos fundacionales de una nacionalidad periférica como Brasil es el mito de la cita ineludible con el futuro. Todo ocurre como si la historia siempre hubiera estado a nuestro favor. Un país, por así decirlo, condenado al éxito. Estudiando las manifestaciones literarias de esa antigua manera brasileña de sentir el mundo, Antonio Candido habló una vez de una moderada conciencia de atraso, apropiada a la ideología del nuevo país, en la que destaca el vigor viril, la grandeza aún por alcanzar (1987). Un estado de ánimo euforizante arraigado de tal modo que sobrevive incluso a la dramática revelación del subdesarrollo, tal es la confianza en una explosión de progreso que resultaría, por ejemplo, de la simple eliminación del imperialismo. Es más, el futuro no sólo vendría inexorablemente a nuestro encuentro, sino que lo haría a pasos agigantados, quemando etapas, porque, entre nosotros, incluso el atraso sería una ventaja. Una fantasía encubridora reforzada incluso por viajeros extranjeros deslumbrados por la exuberancia nacional, como fue el caso de Stefan Zweig, autor del cliché más célebre de esta mitología compensatoria: Brasil, País del Futuro.<sup>1</sup>

---

\* Universidade de São Paulo (Brasil).

*A fratura brasileira do mundo: visões do laboratório brasileiro da mundialização* [recurso eletrônico], São Paulo: [s.n], 2021, cuya traducción castellana publicamos por su relevancia para la temática del número, apareció originariamente como capítulo en José Luis Fiori y Carlos Medeiros (orgs.): *Porarização mundial y crecimiento*. Petropolis: Vozes, Col. Zero à Esquerda, 2001 y con posterioridad como capítulo en Paulo Eduardo Arantes: *Zero à Esquerda*. São Paulo: Conrad, 2004.

<sup>1</sup> Según un comentario reciente, podemos imaginar esta narrativa del surgimiento de una nación como “una especie de autopista, una ruta que conduce desde los orígenes indígenas y coloniales directamente a un futuro glorioso: asentada sobre pilares concretos, no dejándose desviar por el paisaje circundante ni por posibles salidas – y, sobre todo, sin posibilidad de retorno” (Honold, 2000: 159). Ciertamente, es la imagen de un especialista en Brasil que conoce el desarrollismo de autopista y su culminación en Brasilia.

## 2 PROCESIÓN DE MILAGROS

No faltó apoyo en la experiencia nacional para la cristalización de este milagro consolador. Sérgio Buarque de Holanda se refirió una vez a nuestra historia económica como una verdadera “procesión de milagros”<sup>2</sup>. Primero, el milagro del oro en el siglo XVIII, que nos salvó en un momento crítico en que la economía azucarera perdía impulso; después, el milagro del café, que cayó del cielo cuando el agotamiento de las minas anunciaba una amenazadora desintegración económica. Tras revivir esta visión irónica de una actividad económica impulsada, por así decirlo, por despegues más o menos fabulosos, João Manoel y Fernando Novais concluyen que, pensándolo bien, “nuestra industrialización también fue uno de esos milagros: resultó más de circunstancias favorables, a las que contribuimos poco, que de la acción deliberada de una voluntad colectiva”.<sup>3</sup>

## 3 SINTAXIS DE LA FRUSTRACIÓN<sup>4</sup>

Es evidente que tal confianza en esta cita providencial con el futuro se convertiría tarde o temprano en fuente de frustraciones recurrentes. De hecho, toda esta fantasía progresista apenas enmascaraba el estado de permanente ansiedad en que vivía al menos la intelectualidad nacional, por no hablar del bovarismo de las clases dirigentes propiamente políticas y económicas. Basta recordar la angustia del abolicionista del siglo pasado Joaquim Nabuco ante la procrastinación de las élites, cuyo letargo esclavista corría el riesgo de dejarnos fuera de los beneficios de la Segunda Revolución Industrial. No por casualidad, pocos meses después del fracaso de otro plan de estabilización (el Plan Cruzado, lanzado en febrero de 1986), en una entrevista igualmente marcada por el miedo a faltar a nuestra cita programada con la

<sup>2</sup> Pasaje de *Visão do Paraíso*, recordado recientemente por João Manoel Cardoso de Mello y Fernando Novais (1998: 644-645).

<sup>3</sup> Para una periodización de esta milagrosa industrialización tardía que se benefició de la relativa estabilización de los estándares tecnológicos y de producción en los países centrales a lo largo del siglo XX, apoyándose además en las facilidades de copia, cf. Cardoso y Novais, 1998. Sin olvidar, por supuesto, la excepcionalidad igualmente milagrosa de la expansión capitalista durante los “treinta años gloriosos” de la posguerra.

<sup>4</sup> La expresión es de Anatol Rosenfeld y se refiere a la estructura “sin desarrollo” de las narraciones de Kafka, en las que los episodios se suceden como en las novelas picarescas o las tiras cómicas, una estructura básica que se presenta incluso en la sintaxis de las frases que “comienzan con afirmaciones esperanzadoras que luego son puestas en duda, desplegadas en sus posibilidades, ramificándose cada una en nuevas posibilidades. Poco a poco, la afirmación inicial se ve limitada por una avalancha de subjuntivos y condicionales” (1969: 232).

historia, el mismo João Manoel que, en las líneas anteriores, se había dado cuenta del carácter milagroso de la industrialización brasileña, recordaba la advertencia de Nabuco: “de mantener la esclavitud, la gente quedaría fuera de lo que iba a ocurrir en el mundo; la esclavitud tardó mucho tiempo en ser abolida y Brasil se quedó fuera, no se subió a ese tranvía.”<sup>5</sup> Apenas comenzada la década de 1990, todavía el mismo autor y la misma cadencia de frustración, a falta de una nueva procesión de milagros, cuyas idas y venidas en todo caso se parecen más a la intermitencia de los espejismos:

“nos llevó cien años, de 1830 a 1930, imitar la innovación fundamental de la Primera Revolución Industrial, el sector textil. Y noventa años, de 1890 a 1980, para copiar los avances de la Segunda Revolución Industrial. Cuando todo parecía dar la impresión de que estábamos a punto de entrar en el Primer Mundo, estalló la Tercera Revolución Industrial (...) Hace diez años caímos en el estancamiento. Hoy vivimos al borde de la depresión y la hiperinflación. Y vemos, todo el tiempo, con asombro y vergüenza, la enorme distancia que nos separa de la civilización” (Cardoso, 1992: 59).

Al tiempo: el curso melancólico del trayecto no debe tomarse, evidentemente, al pie de la letra, porque forma parte del juego parodiar la dicción petulante de nuestras clases dirigentes deprimidas por la comparación con los estándares metropolitanos de orden y progreso. Media docena de años más tarde, una nueva variación sobre el mismo tema:

“Los más viejos lo recuerdan muy bien, pero los más jóvenes pueden creerlo: entre 1950 y 1979, el sentimiento de los brasileños, o de gran parte de los brasileños, era que todavía necesitábamos dar algunos pasos para convertirnos finalmente en una nación moderna (...) Había ciertamente buenas razones para ser optimistas. A partir de los años ochenta, sin embargo, vimos la otra cara de la moneda” (Cardoso y Novais, 1998: 560).

Finalmente, la última figura de la procesión de milagros:

“el exceso de liquidez en el mercado financiero internacional, ahora globalizado, permitió la aplicación del *Plan Real* en 1994. Con la entrada masiva de recursos externos a corto plazo, fijamos el tipo de cambio, abrimos la economía y multiplicamos las importaciones, frenando la subida de los precios: nuestro último milagro” (ibid.: 648).

---

<sup>5</sup> Folha de S. Paulo, 06.09.1987: A-38.

Está claro que en el sentido más reciente del término milagro, cuatro años después, el acuerdo de quiebra con el FMI cerró otro episodio más en el capítulo de espejismos milagrosos.

Si un lector francés –que supongo estará interesado en la crónica de nuestros desencuentros con este alto destino nacional, como pronto se verá– hojea el número especial (257) que *Le Temps Modernes* dedicó a Brasil en 1967, encontrará otro registro revelador de este síndrome de la cita ineludible. En el artículo de apertura, nada menos que Celso Furtado se rendía ante lo que le parecía la evidencia de un desastroso proceso de “pastoreo” de Brasil, que así volvía a la zona cero como la “frontera” de un nuevo acuerdo supranacional dictado por el poder tutelar del golpe de 1964. Y, sin embargo, el año siguiente a la publicación de este artículo desilusionado sobre nuestro futuro innato, se declaró oficialmente abierta la temporada de otro “milagro brasileño”, y nuevamente debido a la excepción internacional y no a la regla, como corresponde a la naturaleza de los milagros, que de hecho se multiplicaron por todo el mundo en la década de 1970. El nuevo eclipse de este futuro mítico llegó poco después con la llamada crisis de la deuda (para abreviar), y en él llevamos inmersos desde hace dos décadas. En estas circunstancias, como era de esperar, el reverso del mito fundacional del que partimos regresa puntualmente a su posición inicial. Así, desde principios de la década de 1990, Celso Furtado viene glosando el tema de la construcción nacional interrumpida y amenazada, si no cancelada de una vez por todas: “Todo apunta a la inviabilidad del país como proyecto nacional (...) Es cuestión de saber si tenemos un futuro como nación que cuente en la construcción del futuro humano” (1992: 35). Si aún quedaban dudas sobre la naturaleza recurrente del futuro que insiste en no presentarse a la cita ineludible, recordemos los términos de lo que dijo Celso Furtado hace treinta años en *Temps Modernes*: “La evolución mundial en la segunda mitad del presente siglo (...) ha puesto de relieve las incertidumbres que se ciernen sobre el futuro de Brasil. ¿Hay futuro para este país de dimensiones continentales, cuya población en cinco años habrá superado los cien millones, como un proyecto de nación autoorientado?” (1977: 2).

#### 4 TITANIC

Si depende del diagnóstico que hizo el poeta y ensayista alemán Hans Magnus Enzensberger, el gran futuro que se nos prometía, obviamente basado en la gigantesca

vitalidad del país, simplemente no llegó, ni llegará. “Brasil es un país que creía que el futuro estaba de su lado y que trabajaba para él (...) La bandera brasileña es la única en el mundo que lleva el lema Orden y Progreso. Es una consigna fantástica para un país (...) El progreso de Brasil dentro de la modernización era una perspectiva virtual y siempre pospuesta.”<sup>6</sup> ¿Demasiado poético? Es bueno no olvidar que Enzensberger, precisamente como poeta y simpatizante histórico de las revoluciones del trópico, comenzando por la cubana, vislumbró y profetizó a mediados de la década de 1970 el hundimiento cercano y combinado del sistema soviético, la periferia emergente y del *Welfare* europeo, dejando sumergida a la masa sobrante en una suerte de banalización del malestar de la civilización capitalista victoriosa.<sup>7</sup> Como puede constatar, en opinión de otro crítico literario, es decir, en opinión de un ensayista que todavía considera la experiencia artística como el sismógrafo más idóneo de la historia (Schwarz, 1999 [1994]: 161), a ambos lados del Ecuador ya no convence la gran narrativa de la convergencia providencial del Progreso con la sociedad brasileña en construcción. Tampoco es casualidad que Enzensberger también piense que el mismo razonamiento hegeliano sobre el fin de la Época del Arte se aplicaría a Brasil. De hecho, cuando Hegel afirmó que el arte se había convertido en una cosa del pasado, obviamente no quería decir que no habría más obras de arte, al contrario, agregó al mismo tiempo que a partir de entonces, en un movimiento de autorreflexión continuamente reiniciado, pospondría su punto final gracias a una creciente y exhaustiva meditación sobre sus medios y fines. De la misma manera, según Enzensberger, el doble “fin” de Brasil nunca llegó, como el del arte, siempre se está posponiendo. Incluso porque, cuando hablamos del “fin”, este no puede estar ya ahí, presente, de lo contrario no podríamos hablar de él: “en mi poema del naufragio no formulo el ‘fin’, sino la inminencia del fin (...) Mientras todavía hablemos, este fin nunca dejará de retroceder. Pero ¿quién dará testimonio del naufragio, ya que, como digo en el poema, ‘el final siempre es discreto’, ya sucedió, el iceberg ya alcanzó la estructura del sistema?” Queda por ver, por tanto, qué vendrá después del Orden y Progreso. “Otro desorden”, responde el poeta, de la misma naturaleza, imagino, que el repliegue sobre sí mismo del fin del arte que nunca llegó.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> Entrevista con José Galisi Filho, *Folha de São Paulo*, 12.12.1999.

<sup>7</sup> Como recuerda Vinícius Dantas en un artículo sobre el poema “O Naufrágio do Titanic” (2000).

<sup>8</sup> Algunos años antes de estas reflexiones sobre Brasil, Enzensberger (1995) ya había anticipado algo sobre este “otro desorden” en sus visiones de la guerra civil, en las que predomina la autodestrucción de los vencidos, enfurecidos por el desinterés del capital en arrancarles el pellejo.

## 5 UN FUTURO PARA EL PASADO

Entonces se produjo un giro sorprendente: queda por ver en qué medida imaginario o real. Y aparentemente en los mismos términos que el presagio del poeta, ya que a su juicio Brasil finalmente habría relativizado “la dialéctica de ambos polos de Orden y Progreso con una mezcla de un poquito de progreso con regresión”. Pues precisamente durante esta segunda década perdida de ajustes subalternos, durante la cual luchamos con nuestro final de proceso nacional, nos vimos transformados en una especie de paradigma, algo así como una categoría sociológica para el agujero negro de la globalización, no una África remota del humanitarismo a distancia, más bien un espectro aún más inquietante porque somos estrictamente modernos, además de económicamente atractivos *as usual*. De modo que, en la hora histórica en la que el país del futuro parece no tener ningún futuro, somos designados, para bien o para mal, como el futuro del mundo. Al margen de cualquier malentendido de ambos lados, una oportunidad histórica de las dimensiones de la ruptura epocal que vivimos para devolver la reflexión a la periferia, en cuyo espejo esta vez se contempla la metrópoli, ciertamente con la autocomplacencia habitual. Sea como fuere, no es baladí que el mundo occidental sea reconocidamente brasileño después de haber occidentalizado sus márgenes.

## 6 BRASILIZACIÓN

No podría decir con certeza quién lanzó la tesis de la brasilización del mundo. Como indica la expresión original, es más que probable que fuera en Estados Unidos, dada la polarización social sin precedentes que desató la contrarrevolución liberal-conservadora de la Era Reagan. Al menos es a esta nueva máquina generadora de desigualdad e inseguridad económica crónica a la que se refiere, por ejemplo, la teoría de la *tiers-mondisation* de Estados Unidos de Edward Luttwak (1995 [1993]). Aquí y allá aparecen ejemplos de subdesarrollo al estilo brasileño, pero nada sistemáticamente nuevo.

Incluso es posible que la primera afirmación explícita de la tesis se deba a Michael Lind, para quien la verdadera amenaza que se cierne sobre el siglo XXI estadounidense no es la escalada de la violencia étnica en forma similar a la fragmentación balcánica, sino la *brasilización de la sociedad*:

“por brasilización no entiendo la separación de culturas por razas, sino la separación de razas por clases. Al igual que en Brasil, una cultura estadounidense compartida podría ser compatible con un rígido sistema de castas informal, en el que la mayoría de los que están en la parte superior son blancos, mientras que la mayoría de los estadounidenses negros y mulatos permanecerían en la base de la pirámide, para siempre.” (Lind, 1995: 216)<sup>9</sup>

Otra característica “brasileña” de este cuadro consistiría en la dimensión horizontal de la lucha de clases. Tal como lo ve Michael Lind, el dominio de la oligarquía blanca en la política estadounidense en realidad está siendo fortalecido en lugar de amenazado por la creciente polarización de la sociedad; en una sociedad más homogénea, la actual concentración exponencial de poder y riqueza seguramente provocaría alguna reacción de la mayoría; sin embargo, en la situación actual, en la que una oligarquía se enfrenta a una población diversa y racialmente dividida a pesar de la cultura nacional común, el resentimiento provocado por el declive económico se expresa mucho más en la hostilidad entre los grupos de abajo que en la rebelión contra los de arriba, como se vio en el último motín en Los Ángeles, cuando los alborotadores negros, hispanos y blancos se volvieron contra las pequeñas empresas coreanas en lugar de marchar sobre Beverly Hills. La brasilización aún sería evidente en los nuevos usos y costumbres de esta *overclass* atrincherada en un país desgarrado por enclaves privatizados, una nación dentro de la nación, gozando de una especie de extraterritorialidad que el imaginario político local solía atribuir a las oligarquías latinoamericanas. En rigor, la novedad aquí reside en el bautismo brasileño de esta revolución de los ricos y del futuro oscuro que estaría incubando. Salvo el calificativo de brasileño, el estado de verdadera secesión en que vivirían las nuevas élites americanas, empeñadas en desligarse de los lazos políticos legales que aún las atarían al creciente estorbo que representaban sus lastrados compatriotas, ya había sido identificado, por ejemplo, por Robert Reich, solo que a la búsqueda de circunstancias atenuantes para el fenómeno –entre otras paradojas, la relativa tranquilidad política con la que ha venido operando tal desvinculación social–, como la obsolescencia de las fronteras nacionales que acompaña la creciente capacidad demostrada por la nueva clase de “manipuladores de símbolos” de agregar valor en cadenas relevantes de las redes globales de negocio (1993 [1991]: cap. 22). (En cuanto a la probable impronta brasileña de este nuevo separatismo de la *overclass* norteamericana, sería bueno prevenir frente al anacro-

<sup>9</sup> Cf. el breve comentario de Serge Halimi (1996: 12).

nismo: la desterritorialización de las clases altas brasileñas es algo muy reciente que se remonta a la actual posibilidad de “dolarizar” su patrimonio, ya que sólo ahora el dinero mundial les ha ofrecido por fin la oportunidad de escapar de su prisión nacional).<sup>10</sup>

Poco después, Christopher Lasch tomaría el ejemplo e invertiría el razonamiento pasablemente apologético del futuro Secretario de Trabajo del primer mandato de Clinton: la equívoca meritocracia de los secesionistas suponía en realidad una amenaza para la vida civilizada en un espacio cívico-nacional; a diferencia de las masas temidas por Ortega y Gasset en los años previos a la reanudación de la Gran Guerra, el peligro procedía ahora de la “rebelión de las élites”, mientras que la vieja subversión popular se disolvía en el tímido conformismo de un frustrado proceso de aburguesamiento (Lasch, 1995). En aquel momento, todavía no se había dicho nada que fuera más explícito sobre el término brasileño de comparación que vuelve a escena –o, mejor dicho, permanece en escena– más recientemente en el capítulo estadounidense del ensayo de John Gray sobre los conceptos erróneos del “globalismo” (Gray 1998: cap. 5). En su opinión, los signos de brasilización de la sociedad estadounidense tampoco son nada despreciables. Aunque el infame estigma no está claramente marcado, el signo de mayor alcance apunta al divorcio entre la economía política del libre mercado y la economía moral de la civilización burguesa, cuyas instituciones características, desde la profesión hasta la “vocación” de tipo weberiano, han dejado, por así decirlo, de existir. Como resultado de la remodelación de la sociedad estadounidense para adaptarla al nuevo poder empresarial, la clase media se desaburguesó al mismo tiempo que se reproletarizaba la mayor parte de la antigua clase obrera industrial, enterrando de una vez por todas el mito del progresivo *embourgeoisement* de las clases trabajadoras en el capitalismo organizado durante todo el periodo de posguerra. En una palabra, América habría dejado de ser una sociedad burguesa, al igual que Brasil, que ni siquiera llegó a serlo. Como un país periférico, ni más ni menos, se habría convertido en una sociedad partida en dos, “en la que una mayoría afligida se encuentra comprimida entre una *underclass* desesperanzada y una clase alta que rechaza cualquier obligación cívica”. De hecho, está incluso más intensamente dividida que una sociedad a medio hacer en el sur del continente, a la vista de la explosión del encarcelamiento masivo, sin precedentes en la historia del país, en paralelo con la huida de las élites amuralladas

---

<sup>10</sup> Véanse a este respecto los esquemas explicativos de José Luis Fiori (2001a) y Carlos Lessa (1999), entre otros críticos de la economía política de la globalización.

en comunidades cerradas. En su opinión, el avance de la financiarización de la riqueza en un país así fracturado de arriba abajo está arrastrando a Estados Unidos hacia un “régimen *rentier* de tipo latinoamericano”.

Finalmente, un último registro insospechado de la propagación de esta percepción norteamericana de la brasilización de los Estados Unidos puede encontrarse en la evidente aprensión con que el filósofo Richard Rorty ha llegado a admitir, a raíz del diagnóstico antes mencionado de Edward Luttwak, que el fascismo bien puede ser el futuro americano, o algo así como una reacción populista autoritaria a la actual división brasileña de América en un sistema de castas sociales hereditarias, resultado terminal que consolidaría de una vez por todas la supremacía despótica de la oligarquía a la brasileña identificada por Michael Lind (Rorty, 1998). Conviene recordar que, a mediados de los años ochenta, el pragmatismo filosófico de Rorty, subordinado la voluntad de verdad y sus efectos doctrinales al deseo práctico-institucional de solidaridad de grupo, le autorizó a revestir de cierto barniz filosófico el “éxito” de las ricas democracias industrializadas del Atlántico Norte que estaban “dando resultado” o “funcionando”, en el sentido pragmático del término. Puesto que, para un pragmático a la manera de William James y Dewey, la verdad no es algo que corresponda a la realidad, sino algo en lo que nos conviene “creer” –como la democracia liberal estadounidense, por ejemplo, cuyo “éxito” no tiene nada que ver con que sea más o menos verdadera, más o menos conforme a los principios de la naturaleza humana–, el consenso de una comunidad se convierte en la pieza central de una construcción basada en la voluntad de lograr el mayor acuerdo intersubjetivo posible. Visto así, es comprensible que la hora de la verdad haya llegado con la revelación de la inédita desolidarización nacional a la brasileña, en este caso el descubrimiento, entre otras fragmentaciones, de la “*secession of the successful*”, en frase de Robert Reich también citada por el filósofo. Por definición, no puede haber “pragmatismo” (que nada tiene que ver con su abaratada traducción brasileña) que se resista a la ruptura de algo así como una comunidad republicana entre explotados y explotadores: se deslegitima de esta manera una economía internacionalizada “dominada por una clase alta cosmopolita que no tiene más sentido de comunidad con ningún trabajador en ningún lugar que el que tenían los grandes capitalistas norteamericanos del siglo XIX con los inmigrantes que utilizaban sus empresas”. Hay más en el capítulo de las analogías brasileñas, pero esta vez sin mencionar el modelo degradante. Cualquier brasileño que haya observado últimamente el ascenso político del Partido de los Intelectuales entre noso-

tros, y especialmente su *modus operandi* en el Brasil privatizado de hoy, se sentirá como en casa en el cuadro esbozado por el filósofo norteamericano frustrado en su pragmatismo, cuya afinidad electiva con la idea republicana de nación no deja de tener sentido. Pues Rorty divide la *overclass* identificada por Michael Lind en dos grupos de mando: en la cúspide, la plutocracia internacionalizada donde se toman las decisiones; justo debajo, los “manipuladores simbólicos” de Robert Reich, los profesionales altamente formados cuyo trabajo consiste en garantizar la realización fluida y eficiente de las decisiones tomadas por los primeros, quienes a su vez tendrán todo el interés en mantener próspero y satisfecho a dicho estrato social porque “necesitan gente que pueda fingir ser la clase política de cada Estado-nación individual. Para garantizar el silencio de los proletarios, los superricos tendrán que seguir fingiendo que la política nacional puede marcar alguna vez la diferencia”.

## 7 LA PERIFERIA EN LA METRÓPOLI DEL CAPITALISMO

Que yo sepa, nadie se ha atrevido aún a sugerir que el corazón del imperio estadounidense con el tiempo también se convertirá en una India, liderada por una Bélgica. Sin embargo, eso es exactamente lo que pretende insinuar la tesis de la brasiliación de Estados Unidos. Más exactamente, una *dualización* tal de la sociedad que sólo encuentra un paralelo en el clásico país de las divisiones inapelables, algo así como el desenlace metafórico natural de la sensación generalizada de “polarización dickensiana” en los centros emblemáticos de la riqueza mundial, como en el umbral de la primera industrialización, en la visión romántica inglesa de la sociedad dividida entre “dos naciones” antagónicas. Sea como fuere, en el horizonte de un nuevo dualismo social *on the rise*, lo cierto es que ha acabado apareciendo el espantajo brasileño. Y el espectro de un malentendido, visto desde nuestro ángulo. Hace mucho tiempo que el viejo repertorio de la dualidad y sus derivados pasó a mejor vida, además de irremediablemente desmoralizado, cuando el capítulo final de la tradición crítica brasileña amanecía en los ya remotos años sesenta. Con razón, al menos como variante de las teorías funcionalistas de la modernización y sus respectivas políticas de aceptación subalterna de los patrones de socialidad centrales, así como la consiguiente inclusión de las barbaridades capitalistas locales en la lista de anomalías del “atraso” y otras desviaciones. Aun así -tal es la regresión ideológica contemporánea- este viejo subproducto del evolucionismo modernista y su procesión de categorías polares, repartidas entre el campo de los avanzados y el contra-

campo de los atrasados, ha vuelto a ponerse en circulación, ciertamente menos como “teoría” que como señal de alarma ante la marcha del mundo hacia una explosiva configuración “dual” entre integrados y descartados, además jerárquicamente congelada. Una separación que la visión dominante en la cúspide del mundo prefiere ver como una disfunción –“regulaciones” residuales, inercias fundamentalistas– que el tiempo se encargaría de absorber. Un tiempo a su vez espacializado funcionalmente –como en las viejas yuxtaposiciones de sectores sociales rezagados– en una carrera final para adaptarse a la última encarnación de la modernidad. Así ha ocurrido en las agencias y *think tanks* del poder imperial desde que se encendió la luz roja del creciente malestar ante la globalización. En cualquier caso, dualismo por defecto, ya que la mera admisión de una sociedad global dividida entre ganadores y perdedores irreversibles pone en peligro la fraseología de la globalización convergente y socialmente integradora. En el plano local, sin embargo, la ironía del giro es mucho más cruda: con el pretexto de modernizar un capitalismo que se ralentiza, los veteranos de la citada tradición crítica brasileña han reinventado, a efectos de propaganda y marketing del nuevo mando, el mito del Brasil “errado”, en realidad *medio Brasil* –ibérico, corporativista, imprevisible y tecnófobo–, frenando el avance de la otra mitad, la vanguardia de los que van bien en el país privatizado. Esta es la vieja colección de errores y aciertos que la *brasilianization thesis* vino a revertir de manera igualmente sesgada, tanto en el Centro como en la Periferia.

En la época de la gran confrontación con el raciocinio dualista para explicar las singularidades nacionales, un argumento recurrente solía subrayar su carácter espacializador (como acabamos de recordar), que tendía por tanto a compartimentar las grandes dicotomías que frenaban nuestra formación, en definitiva, una renuncia al dinamismo de la crítica interesada en destacar la dimensión “moderna” del Antiguo Régimen y la parte de retroceso en el “progreso” del nuevo orden. Incluso ciertas metáforas espaciales eran mal vistas, por bloquear el impulso temporal de la imaginación histórica: hasta el punto de que los más extremistas consideraban dudosa la distinción entre Centro y Periferia, ya que el capitalismo era uno.... *De hecho, no fue la visión espacial de la sociedad dividida lo que ensombreció las promesas de la dialéctica, sino algo así como una ignorancia fatal de la territorialidad del poder capitalista por parte de la argumentación materialista clásica.* En línea con el liberalismo económico decimonónico, Marx “había supuesto que el mercado mundial operaba por

encima de las cabezas y no a través de las manos de los actores estatales”.<sup>11</sup> Pues es precisamente la actual hipermovilidad del capital la que ha arrojado nueva luz sobre este punto ciego de nuestra tradición crítica, no por casualidad engullido por el mito economicista de la globalización como desbordamiento natural de los mercados nacionales interdependientes. Tal libertad de movimiento, ayer como hoy, simplemente no sería posible en ausencia de una multiplicidad jerárquica de jurisdicciones políticas: fue necesario un fiasco sin precedentes en la historia de nuestra *intelligentsia* para redescubrir esta verdad elemental del sistema mundial moderno como modo de gobierno y acumulación. No es de extrañar, por tanto, que el planteamiento dualista –siempre sospechoso de sobrecarga ideológica, unas veces a favor y otras en contra– haya cobrado una segunda juventud, gracias precisamente a la centralidad de la espacialización capitalista en la actual dinámica globalizada de acumulación.

Contrariamente a lo que el sentido común global –tanto de izquierdas como de derechas– proclama sobre la inmaterialidad de la nueva riqueza capitalista y la respectiva intrascendencia del “lugar”, la actual pulverización de la actividad económica por la transnacionalización de las cadenas de producción globales sería materialmente inviable sin una correspondiente centralización territorial, más concretamente una hiperconcentración de la propiedad de los medios de producción y consumo en nodos estratégicos exigida por una nueva lógica de acopio. La matriz material-espacial de la dualización, cuya sorprendente resurrección en el corazón mismo del sistema nos interesa identificar, se asemeja, por supuesto a la luz de nuestra ambigua dualidad, por así decirlo, en el fondo, al caso de una periferia originaria, generada en la primera expansión colonial que vino a ser el *big bang* del nacimiento de la economía-mundo capitalista. Huelga decir que el *locus* de esta continua concentración del mando económico estratégico, de esta etapa más ostentosa de la nueva dualidad, es la *ciudad*, pero una ciudad ante todo globalizada por el capital y atravesada por una división social sin precedentes entre las poblaciones inmovilizadas en estos auténticos *containers* urbanos y la nueva clase dominante en estado de secesión, pero no por ello capaz de prescindir del tipo de plusvalía bruta extorsionada a los sedentarios. Esta brecha creciente entre la mano de obra degradada y descartada y los operadores hipervalorizados de las ciudades estratégicas de un sis-

---

<sup>11</sup> Giovanni Arrighi (1997). Para esta rectificación de rumbo entre nosotros, y todo lo que ello implica para la izquierda en la evaluación del espejismo globalista respecto a una tendencia homogeneizadora fundamental en la difusión mundial del mercado capitalista, véase por ejemplo Fiori (1999).

tema mundial ya muy desigual y jerarquizado, y su manifestación socioespacial más impresionante, es también otra clara confirmación de algo así como una *segunda periferización del mundo*.<sup>12</sup> Es en estas ciudades divididas donde se ha manifestado el nuevo dualismo americano que desde hace tiempo se equipara a la obscena polarización brasileña.<sup>13</sup>

Así, desde el inicio de la era Reagan, Los Ángeles comenzó a ser vista como un gran experimento de segregación social característico del nuevo régimen urbano, inducido, en este caso, por la transnacionalización del espacio económico norteamericano y sus brutales asimetrías concentradoras y centralizadoras. Por esa época, Edward Soja, por ejemplo, empezó a hablar de la *ciudad dual posfordista*, de la espacialización de una reestructuración productiva no casualmente desencadenada por un completo redisciplinamiento de la fuerza de trabajo (junto con la del capital menos eficiente y la reorientación privatista de los fondos públicos), a través de un reciclaje ocupacional que polariza cada vez más el mercado de trabajo, a su vez inflado por la inmigración masiva y los empleados a tiempo parcial y mujeres; lo que estaba dando lugar, en su opinión, a una verdadera *periferización del Centro*: contracción de los estratos medios, en la cúspide la oligarquía del capital corporativo, rematando “la mayor bolsa de trabajadores inmigrantes mal pagados y mal organizados del país”, de modo que, en última instancia, el Centro también se convirtió en Periferia, aun cuando el “bastión corporativo del capital multinacional se asienta con notable agilidad sobre una base cada vez más amplia de poblaciones extranjeras” (Soja, 1993: 262; cf. Soja 1991).

<sup>12</sup> Me tomo algunas libertades con el conocido argumento de Saskia Sassen, que obviamente estoy repitiendo. Cf Sassen, 1991: cap. IX; 1998: caps. I y VI.

<sup>13</sup> Sólo a modo de confirmación, en el mismo Robert Reich de la secesión de los “manipuladores de símbolos” y su desvinculación de las demás capas de la población nacional: “a una escala mucho mayor, el esquema de secesión se presenta en las grandes ciudades americanas. De hecho, a principios de los años 80, la mayoría de las aglomeraciones urbanas ya estaban separadas en dos zonas: una agrupa a los “manipuladores de símbolos”, cuyos servicios conceptuales están vinculados a la economía mundial; la otra, a los proveedores de servicios personales, cuyos empleos dependen de los primeros” (1993: 253). Mientras tanto, los *blue collars* son cada vez más escasos: Pittsburgh es un buen ejemplo: los llamados asalariados rutinarios, en la clasificación tripartita de Reich, ocupaban la mitad de los empleos de la ciudad en los años cincuenta, pero apenas alcanzaban el 20% a mediados de los ochenta, mientras que las otras dos categorías habrían avanzado sobre ese terreno baldío, en una ciudad que entretanto se había convertido en la tercera concentración estadounidense de sedes corporativas. De todos modos, vale la pena señalarlo, aunque no fuera tan obvio hace diez años para un miembro del *establishment*: el ideal urbano de esta nueva raza meritocrática vendría a ser el de una fortaleza *high-tech* introvertida que mezclara funciones residenciales, empresariales y de consumo conspicuo, sin riesgo de contacto directo con el mundo exterior, en particular con la otra parte de la ciudad.

La representación más famosa de la dualización de Los Ángeles se debe, como es bien sabido, a Mike Davis. En ella ya no era posible separar la gran abundancia de ricos y poderosos del desamparo y la desmoralización de las poblaciones proletarias, a cuyo confinamiento –desde los habituales guetos negros, inflados por la mano de obra inmigrante, hasta la proliferación de instituciones penitenciarias– responden los infames *gated communities*, la fortificación de estratos privilegiados, privatizando los lugares públicos y militarizando el entorno urbano (Davis 1993; cf. Wacquant, 1998: 28). Poco después, le tocó a Nueva York convertirse en otro caso ejemplar de un orden social urbano con dos velocidades: la ciudad a la vez global y dual por excelencia, según el conocido análisis de Saskia Sassen y otros teóricos del sistema mundial de ciudades<sup>14</sup>.

Dicho esto, es bueno no olvidar que la Ciudad Dual es un tema clásico de la sociología urbana estadounidense. (Para no remontarnos al Libro IV de la *República*, en el que el filósofo también recuerda que toda ciudad se divide en dos ciudades, una de ricos y otra de pobres, que además están en guerra entre sí, por lo que es un grave error tratarlas como si constituyeran un solo Estado). El contraste entre opulencia y pobreza coexistiendo en un mismo espacio urbano siempre ha generado malestar en los científicos sociales y la opinión pública en general. Tras recordar esta tradición y subrayar la carga emocional y política del por así decir intuitivo enfoque dualista –que al menos tuvo el mérito de introducir cierta tensión en la visión organicista de la ciudad como comunidad integrada–, Manuel Castells, a su vez, afirma también que ese ya no es el dualismo urbano en auge, sino que se trata de una nueva dualidad (si la expresión sigue siendo adecuada) resultante, como era de esperar, del proceso de reestructuración y expansión de la llamada economía informacional, pues nombra, y sublima, el modo de desarrollo capitalista basado en el “trabajo con información”<sup>15</sup>. Más concretamente, ¿en qué consiste al fin y al ca-

<sup>14</sup> Para una revisión y actualización de la “hipótesis de las ciudades mundiales” de John Friedmann (1982), según la cual el nuevo régimen de desigualdades urbanas podría ser captado por las metáforas duales de la “fortaleza” y el “gueto”, imagen que, por cierto, derivaba del “reloj de arena” sugerido por Peter Marcuse, cuando proponía su propio modelo de “quartered city”, véase, por ejemplo, Knox y Taylor (1995).

<sup>15</sup> Según la buena fórmula de Marcos Dantas, en la que las cosas se llaman por su nombre; por ejemplo, la creación de barreras de acceso a la información –contrariamente a la apologética actual, por definición un recurso vital, por tanto, socialmente producido– en el proceso de realización del valor, y su correspondiente apropiación rentista (cf. Dantas, 1994). Si el autor va en la dirección correcta, como parece, es muy probable que a la nueva centralidad del trabajo informacional correspondan nuevas periferias en la división internacional del mando político y económico sobre la propiedad intelectual: en el centro geopolítico del proceso de trabajo informacional, las ciudades del

bo la nueva forma de dualismo urbano para el más reciente y enciclopédico ideólogo de la globalización (cf. Castells, 1989: 172-228; Mollenkopf e Castells, 1991: 399-418)? ¿Cómo nos enfrentamos a un notorio protagonista de uno de esos “viajes hacia el interior” estilizados por Edward Saïd (1995: 306), a saber, inmigración intelectual, en principio “polémica” o “irónica”, desde la periferia (semiperiferia mediterránea, en este caso) hasta el corazón del imperio? – no parece descabellado sentir curiosidad.

En primer lugar, quién lo diría, es la expresión de un *desfase*, como en los buenos tiempos del progresismo funcionalista: en este caso, el desfase entre el envejecimiento del trabajo rutinario y el crecimiento del llamado sector postindustrial, transición marcada, además, por el desmantelamiento de la mediación estatal en las relaciones entre capital y trabajo, y ubicada preferentemente en los puntos nodales de la geografía económica, las áreas metropolitanas con mayor concentración de las denominadas actividades *knowledge-intensives*. El dualismo se refiere así, en primer lugar, a una estructura social altamente estratificada y segmentada, descompuesta no sólo en trabajo que genera valor y trabajo degradado, sino también que filtra y expulsa a muchas personas de esta dinámica binaria. En estas circunstancias, la ciudad dual puede verse también como la expresión urbana de un proceso de creciente diferenciación en el mundo del trabajo, dividido en dos “sectores” básicos: un sector informal, que no debe confundirse con la pobreza urbana, ni con actividades de mera supervivencia, y otra de economía formal, obviamente *information-based*. Dos mitades entrelazadas por una serie de relaciones simbióticas, que no se excluyen mutuamente, sino que están más bien funcionalmente articuladas. Como resultado, como era de esperar, hay un continuo estrangulamiento de los niveles intermedios, formando un sistema cada vez menos abierto a la movilidad ocupacional: en la cima *high-tech* de los servicios avanzados, una élite funcional y socialmente *self-contained*, cuya autosuficiencia no implica reclusión sino circulación sin obstáculos en innumerables redes transfronterizas de acumulación de todo tipo de poder social; en la base, otra fracción, el localismo del trabajo desestructurado y por tanto segmentado en una miríada de acuerdos defensivos. De modo que –todavía en opinión de nuestro autor– esta dualidad estructural no engendra dos mundos distintos, ni mucho menos, sino una variedad de universos sociales, cuya figuración espacial se caracteriza por la segregación, la diversidad y la jerarquización

---

capital informacional, tan dualizadas como la polarización inducida en el interior de las redes corporativas, a la vez altamente concentradas y descentralizadas.

ción. Algo así como una dualización meritocrática: porque es la segmentación del mercado de trabajo lo que produce el dualismo social, sancionando simplemente la capacidad de los grupos y de los individuos para entrar en las vías que conducen a nuevas fuentes de riqueza. En el límite, reconoce Castells, en caso de “bloqueo” de “trayectorias tecnológicas”, la sociedad de la información puede de hecho transformarse en una sociedad verdaderamente dual, sin que exista, sin embargo, ninguna razón para que esto se produzca necesariamente; así, la llamada sociedad red solo se dualiza aparentemente, porque en el fondo, lo que en realidad desencadenó el trabajo informacional fue un proceso más fundamental de desagregación del trabajo, y eso es lo que define su estructura en red (Castells, 1986: 272, 279). De ahí su dinamismo, concluye la apología: la exclusión social es un proceso y no una condición (en lo que todos estamos de acuerdo...), siendo así sus fronteras cambiantes, “los incluidos y los excluidos pueden alternarse en el proceso a lo largo del tiempo” (Castells, 1998: 73). (Más adelante veremos si dicha alternativa, en caso de que realmente exista, no incluiría una versión “periférica”).

En conclusión, ¿dónde está entonces la brasilización de la ciudad dual americana, versión Castells? En el sentido en que la tomó Michael Lind, exactamente donde la dejamos, es claro que, en sus propios términos, a saber, según nuestro doctrinario de la Sociedad Red, una de las consecuencias fundamentales de la ciudad dualizada se refiere a la formación de clases sociales. Aquí está la novedad: esta formación sólo se completaría en el polo dominante, la nueva clase profesional-generacional que opera en el ámbito mismo de esa esfera oligárquica identificada por Michael Lind, a la que se opone no otra clase subalterna sólidamente anclada en la privación, sino la desarticulación social de los fragmentos sociales del mundo del trabajo desestructurado. Cabe decir entre paréntesis que tal proyección no deja de hacerse eco de una sugerente hipótesis de algunos sociólogos franceses: primero, que la burguesía aún existe, y más, con la plena conciencia de constituir un grupo transnacional (su cosmopolitismo es de nacimiento), comprometido en la perpetuación de dinastías patrimoniales, permanentemente movilizados tras la fachada operativa de *managers* e inversores institucionales como supuestos nuevos dueños del mundo (al menos en Francia, todo se hace para ocultar los intereses vinculados a tal o cual patronímico en la sombra de organigramas abstractos, que implican una especie de difusión ilimitada de la propiedad del capital), todo ello resumido en el ostensible culto al “l’entre-soi”, visible en la marca registrada de los *beaux quartiers* diseminada por los lugares de consumo conspicuo del mundo; segundo, que sólo

esta burguesía, multinacional como los antiguos clanes aristocráticos, es una verdadera clase social, a la que se unen en un orden disperso y subordinado los individuos de las capas intermedias, que se consideran “sujetos”, es decir, empresarios de sí mismos, “actores” de su propia autoconstrucción, etc.; finalmente, a ras de suelo, en los medios populares de ayer, la ausencia de lo colectivo, corroído por el individualismo negativo de las desafilaciones masivas, en la fórmula consagrada de Robert Castel, desviándose del marco de las viejas instituciones de la sociedad asalariada (cf. Pinçon y Pinçon-Charlot, 2000).

Pues bien: completando el involuntario panorama “brasileño” (por cierto: veremos más adelante que el “individualismo negativo” bien puede referirse a nosotros mismos), Castells evoca, en cierto momento (p. ej., Mollenkopf e Castells, 1991: 409s.), sus recuerdos de los tiempos de estudiante de la “la ciudad dependiente” en América Latina (cf. Castells, 1983: 173-212), por supuesto para descartar cualquier contaminación de la hoy mal reconocida polarización social en las metrópolis globalizadas por el concepto erróneo de ayer, el “mito de la marginalidad”, urbana o no, en las economías de industrialización tardía del continente sudamericano, recordando el título del resumen con el que Janice Perlman, por así decirlo, puso punto y final al debate. Vale recordar que, en ese momento, Castells se alineó con los que se oponían a la teoría que identificaba en la masa marginal producida por la modernización en curso en América Latina un ejército industrial de reserva tan desmedido que ya se había vuelto, en rigor, inintegrable, constituyéndose en un inmenso reservorio de anomia y apatía política: por mucho que pudieran amenazar el orden establecido, eran económicamente irrelevantes. Al contrario, como tantos otros, fue uno de los que apoyó la funcionalidad del “margen”, yendo claramente más allá de la mera rebaja del coste de la mano de obra; más específicamente, también era de la opinión –todavía a finales de la década de 1980– que la dualización que importaba era la distinción entre los sectores formal e informal de la economía, siendo el segundo tan “moderno” como el primero, además de ser el mayoritario. En ese momento se apoyó en un Alain Touraine que tampoco existe ya (cf. Touraine, 1988), para quien en América Latina en aquellos tiempos de autoritarismo e industrialización a marcha forzada –en la que el subempleo era mucho más que el simple margen del empleo formal– sería el momento de volver a hablar de dualización, pero no de marginalidad, sobre todo en un momento (años 80) en que la Europa desempleada parecía menos distante de América Latina. ¿Por qué no conjeturar libremente? Un paso más y a partir de entonces se confirmaría la

idea de que todo sistema social estaría regido por una lógica dual. Además, en aquellos primeros tiempos del “ajuste” latinoamericano al patrón geomonetario desencadenado por el *diktat* político del nuevo dinero mundial (el parámetro imperial del dólar flexible), en el que la integración global subalterna ya iba acompañada de una igual desintegración nacional, como reza la conocida fórmula de un veterano como Oswaldo Sunkel, se volvía a hablar en el continente de un “nuevo dualismo”, brecha abierta por el creciente desajuste entre modernización y modernidad, esta vez, sin embargo, un déficit totalmente contemporáneo que se asemejaría a la sociedad de dos tercios de los países industrializados –en ese momento, una hipótesis aún optimista (cf. Lechner, 1990). A pesar de todo esto, parece claro que aquellas viejas confusiones sobre integrados y *outsiders* parecen repetirse respecto a la superfluidad social de los hoy llamados excluidos. Aun así, se produjo un cambio de rumbo de todos modos, como era de esperar. Como pudimos ver, la globalización según Manuel Castells respira el mismo aire familiar que las teorías de la modernización tardía en busca de patologías superables en las sociedades periféricas, de ahí su vacilación ante el diagnóstico de dualización. En el fondo, cree en una convergencia mundial en marcha y, con el tiempo, en que el espantajo de la brasilización del antiguo Primer Mundo (en otro tiempo una sociedad relativamente homogénea, al menos en Europa, aunque para los breves y excepcionales 30 años del apogeo fordista) terminará siendo succionado por el agujero negro del Cuarto Mundo –si es que este último no se ha convertido a su vez en un eufemismo del concepto de “brasilización” como sinónimo de la integración perversa (como dicen) en la llamada sociedad de la información. De manera un tanto convencional, para Castells, además, sólo determinadas zonas empobrecidas de América Latina estarían condenadas a la marginalización reencarnada por el Cuarto Mundo, desde el confinamiento territorial de poblaciones sin valor económico hasta la depredación del propio pueblo como política de Estado. En el Brasil brasilizado, sin embargo, lo que realmente está en marcha es una alternativa que podría llamarse la africanización de la élite.<sup>16</sup>

Haciendo balance de una década de estudios guiados por el paradigma de las ciudades mundiales –un paradigma con una inequívoca intención crítica, por cierto, capaz de hacer visible y políticamente abordable el *locus* de la polarización sin

---

<sup>16</sup> “La ‘africanización’ de Brasil resulta de la coincidencia simultánea de cuatro procesos: desestabilización macroeconómica, dismantelamiento del aparato productivo nacional, deshilachamiento del tejido social, deterioro político e institucional” (Gonçalves, 2000: 75).

precedentes creada por la reconfiguración en curso en el alto mando del sistema capitalista mundial-, uno de sus formuladores pioneros, como se recordaba más arriba, John Friedmann, tampoco dejó de registrar la curva apologética descrita por el teórico/consultor de flujos Manuel Castells<sup>17</sup>, el camino real después de todo su “viaje interior”, en los términos estilizados de Saïd: en sus primeros escritos de la década, a pesar de su creciente éxtasis *high-tech*, la identificación de los “espacios-de-flujos” desterritorializados, y por ello mismo de acceso ultraselectivo a los pocos protagonistas del juego de la acumulación transfronteriza, al subrayar el creciente *disempowerment* de los bloqueados en la entrada, al menos daba a entender que estaba en proceso de perpetuarse otro dualismo más poderoso de incorporación/exclusión; sin embargo, a partir del trabajo colectivo sobre la aparente dualización de Nueva York, nuestro autor habría inaugurado una suerte de “deconstrucción” (sic) de la hipótesis de la sociedad polarizada, atribuyendo al clivaje ocupacional, de género, raza y etnia, la principal fuente de la subordinación de los subordinados, celebrando finalmente la “diferencia” (cf. Freidmann, 1995: 33). En definitiva, el “viaje hacia adentro” de nuestro teórico del flujo, contrariamente al edificante discurso de Saïd sobre su carácter contradictorio, resultó ser ante todo afirmativo, en dirección contraria a la multitud de inmigrantes poscoloniales, cuya fuerza de trabajo reterritorializada en casa ajena contrapuso Saskia Sassen a las torres del capital corporativo en las ciudades imperiales de hoy<sup>18</sup>. Dicho esto, habría que añadir, no sin tiempo, que la Ciudad Global de Saskia Sassen, dualizada o brasilizada, no es sólo, ni mucho menos, un relato complaciente y compasivo de la exclusión. Por el contrario, los “otros” territorializados por el nuevo régimen urbano no solo no son trivialmente prescindibles -como lo demostró una reciente movilización nacional de “janitors”<sup>19</sup> y otros “servidores” del capitalismo corporativo *place bounded*, nos

<sup>17</sup> En un arrebatado de clarividencia inesperada, nuestro ideólogo del Estado-en-red, (entre otras amedidades propias del nuevo mundo feliz de la globalización), después de precisar lo que hace de un “lugar” un lugar -como el barrio obrero de Belleville, en París, donde residió como joven fugitivo del franquismo y futuro sociólogo althusseriano-, admite que hoy, cuando lo vuelve a visitar, lo hace en la condición de hombre flujo, miembro titular de los circuitos mundiales de la riqueza y del poder informacional (cf. Castells, 1986: 423). Flujo que tiene un nodo estratégico en California, sede imperial de un curioso nido de tucanes expertos en “ajustes” a nuestro “changing world”, con la Cátedra Joaquim Nabuco financiada por las altas finanzas y todo lo que se sigue de ello en materia de librepensamiento.

<sup>18</sup> Cf. Sassen, 1998: XXX-XXXI. Postcolonial evidentemente en otro sentido de inmigración, en este caso, desde arriba. Como le gusta observar a Arif Dirlik, otra forma de promover la glamorosa llegada de intelectuales de la Periferia al mundo académico del Centro (cf. Dirlik, 1997).

<sup>19</sup> Véase el editorial sobre la huelga de conserjes, porteros, limpiadores, etc. en abril de 2000 en Estados Unidos, en *International Socialist Review*, nº 72, junio-julio de 2000. Y también la película

guste o no-, sino que están transformando la ciudad dualizada en un territorio en disputa. Por lo tanto, la narrativa de una confrontación marcada por la revelación -contra la corriente de la retórica de los flujos deslocalizados- de otra centralidad del lugar y de la producción, ya esté esta última representada por trabajadores en una zona especial de exportación o por las simples limpiadoras y secretarías en Wall Street.

Antes de pasar a esta cartografía brasilizada de la polarización mundial en ascenso, no estaría de más recordar que tal resurrección del fantasma de la ciudad dualizada bien podría respaldar medidas pro-sistémicas. De ahí cierta reticencia. Por ejemplo:

“Cabe preguntarse si la característica más específica de estas ciudades no sería tanto la extrema dualización, cuanto el extremo contraste social y su extrema visibilidad, dada la presencia de la extrema riqueza y la fuerte mediatización de estos espacios. Esta intensidad del contraste, sentida por los residentes, sería también fuente de tensiones sociales y de la escalada de violencia que suele asociarse a la dualización. Por otro lado, en términos absolutos, la polarización más fuerte no sería necesariamente la que se observa en estas ciudades, sino que su núcleo dominante estaría en oposición a los segmentos dominados de la economía, a los lugares de exclusión, a los lugares donde el lucro nace de la desestructuración” (Préteceille, 1994: 86).<sup>20</sup>

En otras palabras, si bien la tendencia es ciertamente a incrementar la profundización de los extremos, incluso acelerando la laminación del ya *declining middle*, queda una apelación, implícita en la imagen de la ciudad dual, a la espectacularización de la cohesión social amenazada. En ese mismo sentido, los buenos *media* se encargarán -como es la naturaleza del vehículo- de despolitizar la desigualdad que ahora da miedo. En una ciudad convenientemente dividida entre bárbaros y civilizados, las divisiones acaban reduciéndose a anodinas oposiciones entre violencia y convivencia, solidaridad y egoísmo, etc. En este caso, el doble énfasis dramatiza una cierta sensación difusa de crisis, cuya solución proporcionará luego una intervención estratégica en la gestión de la ciudad -en este caso, una gestión empresa-

---

*Bread and Roses* de Ken Loach, ciertamente una película muy diferente cuando se revisa a la luz de estos bajos circuitos del capital detrás de las funciones de mando.

<sup>20</sup> En una intervención más reciente, el mismo Préteceille vuelve a insistir con nuevos datos en que la metrópoli parisina no se ajusta del todo al modelo de ciudad global, a dos velocidades, polarizada entre un nuevo proletariado cada vez más desespecializado y la cúspide de los servicios avanzados prestados a los centros de mando empresariales de las cadenas de producción mundiales (cf. Préteceille, 2000a).

rial, destinada a sustituir la imagen problemática de una ciudad dualizada por la imagen competitiva de una ciudad reunida en torno al negocio de la máquina urbana de crecimiento<sup>21</sup>. Es en este momento de inflexión y exorcismo de la dualización cuando nuestro autor-flujo se convierte en experto-consultor (cf. Borja y Castells, 1997). Apelando, entre otras panaceas antidualistas, y por tanto generadoras de evidentes consensos (¿quién no está por la paz? ¿por el civismo?), a cierto sexto sentido cívico llamado “patriotismo de ciudad”. Convengamos que la providencia es astuta, especialmente cuando se trata de vender paquetes a municipios aspirantes a algún enclave de ciudad global.<sup>22</sup> Porque, como hemos visto, es precisamente en el territorio en disputa de estos últimas –las reales, por supuesto– donde una fuerza laboral creciente y degradada, además de estar más feminizada y etnizada, ha estado hostigando a sus jefes globales en un ámbito más allá de cualquier referencia a una comunidad nacional o cosa que lo valga, *et pour cause*. El marketing de un sustituto de la “patria” tiene entonces perfecto sentido, así como la afirmación experta de que la globalización, si se le dan facilidades, dualiza las ciudades, cada vez más parecidas a las “ciudades fracturadas” brasileñas.

## 8 FRACTURAS FRANCESAS

Hace medio siglo, no fue pequeña la contribución francesa a la consolidación y difusión de otra gran narrativa fundacional de una nacionalidad periférica como Brasil. Exactamente algo así como la intuición recurrente de una “dualidad básica” – para decirlo con Inácio Rangel– cuyas metamorfosis en esa época expresarían la lógica más oculta de nuestra materia social específica. Por lo demás, nada que un brasileño, preferiblemente alfabetizado, no supiese muy bien, incluso en las formulaciones más salvajes. Solo para que conste, recuérdese que siempre nos sentimos como una “inmundicia de contrastes”, como decía Mário de Andrade. Un sentimiento a la vez colectivo y con clase. Especialmente con clase. Sólo la élite pensante y dirigente tuvo el privilegio de estar dividida entre dos lealtades, el pequeño mundo de las segregaciones coloniales y el gran mundo de las sucesivas metrópolis

<sup>21</sup> Para una crítica de la fraseología dualista de la “ciudad partida”, véase Queiróz Ribeiro (2000: 63-64). Para una crítica más exhaustiva del nuevo modelo de gestión urbana denominado genéricamente “planificación estratégica”, véase Arantes, Vainer y Maricato (2000), cuyo argumento resume. La noción de “máquina urbana de crecimiento”, retomada por Otilia Arantes, se remonta a los escritos pioneros de Harvey Molotch, cf. *ibid.*: 25 y ss.

<sup>22</sup> Como explican los autores de *A cidade do pensamento único* (Arantes, Vainer y Maricato, 2000).

del Imperio de turno, una alternancia a veces formalizada y filtrada por el juicio crítico, a veces congelada en lo ideológico de la leve conciencia del “atraso”, hoy revivida, esta última, con la cultura de la satisfacción generada por la ola cosmopolita de la globalización. Así, con respecto al envejecimiento prematuro de las ciudades brasileñas, Lévi-Strauss fue uno de los primeros en dar con la clave de nuestra constitución dual. Por cierto, revelando un tanto involuntariamente a los brasileños que esa obsolescencia de nacimiento, corroyendo nuestras oleadas modernizadoras –como era de esperar de un país de navegantes–, contradecía la certeza mítica del providencial encuentro con el Progreso, reforzando así el reverso no menos mitológico de tal certeza, a saber, que esa brecha perenne estaba a su vez en la raíz de la permanente frustración con aquella visión de País del Futuro. Más tarde, fue el turno de Lucien Febvre de congratularse por poder seguir viendo en Brasil el espectáculo original que ofrece la superposición en vivo de distintas épocas históricas en un solo país. A continuación, Roger Bastide nos definió por un contraste atávico, por así decirlo, subrayando a veces la tensión de los elementos antagónicos, a veces, a la manera de Gilberto Freyre, la armonización o atenuación de los opuestos. Pero sin duda fue Jacques Lambert quien acuñó el cliché más perdurable sobre la singularidad de nuestra civilización, la estampa de los *dos Brasiles* yuxtapuestos, la nación dividida en dos partes aisladas por un abismo de siglos, el país urbano en una mitad, en la otra, todavía en vigor, los avatares de la Colonia (Arantes, 1992: 24).

Todo esto observado y dicho en evidente comparación con la relativa homogeneidad social de una nación europea, cuya organicidad servía a su vez como norma crítica y modelo a alcanzar. Así fue incluso durante todo el ciclo que siguió, acompañado de una dramática toma de conciencia del subdesarrollo, en términos de la periodización adoptada por Antonio Candido: la superación de esa intolerable disociación entre los *happy few* incorporados a las formas modernas de producir y consumir y la gran masa de las poblaciones relegadas percibida asimismo en el horizonte de una homogeneización social a la europea, impulsada por la difusión del progreso técnico y la presión de los asalariados para aumentar su participación en el incremento del producto. Decir que la cohesión social resultante de la dinámica distributiva del ciclo fordista tardío en los países centrales está seriamente amenazada es quedarse corto. El tiempo dirá si fue desmedido desarchivar la imagen aterradora de la sociedad dual de los subdesarrollados, nuevamente en el pun-

to de mira de estos nuevos “tiempos de exclusión”, como dicen a diestra y siniestra en el debate francés.

No podría decir si el neologismo *brésilianisation* se usó alguna vez cuando la opinión pública francesa se dio cuenta de que, incluso en uno de los países más prósperos de Europa, la nueva riqueza estaba produciendo nuevos pobres en proporciones sin precedentes, ya fuera como regiones industriales asoladas, áreas rurales desertificadas, suburbios convertidos en guetos, etc. Cuando se empezó a hablar de un Cuarto Mundo de marginados, podemos suponer que sólo faltaba añadir una palabra emblemática más al vocabulario de la exclusión, por el momento sin comillas. Sin embargo, estuvo muy cerca, pero en términos continentales: a pesar de las evidentes diferencias estructurales entre la pobreza urbana latinoamericana, de medio siglo de existencia, y la reciente experiencia francesa de precariedad social, no faltaron quienes empezaron a notar que no era del todo arbitraria la transposición europea de conceptos forjados hace 30 años por especialistas franceses en América Latina, convergiendo incluso –exceptuadas las críticas– los discursos y las correspondientes políticas: “tendencia sistemática a dualizar el mundo social, oscilación entre populismo y miserabilismo, tentación de interpretaciones psicosociales que culpabilizan a las víctimas” (Fassin, 1996: 270).

El hecho es que hace más o menos una década, la percepción francesa de la “exclusión” y su distribución entre “adentro” y “afuera”, comenzó a verse reflejada en la polarización entre el “arriba” y el “abajo” de la nueva *underclass* americana y en la dualidad centro/periferia de la vieja marginalidad latinoamericana (cf. *ibíd.*: 263). O mejor dicho, en la medida exacta en que la “otra nación” americana descartable asumió rasgos inconfundibles de tercermundización con la multiplicación de pequeños *métiers* subproletarios, la reaparición de los *sweat-shops*, el trabajo a domicilio o a destajo, el florecimiento de toda una gama de nuevas ilegalidades y de trata de personas, etc. (Wacquant, 1993: 175s.). Podría decirse que esta percepción francesa de las formas contemporáneas de la miseria social, con el telón de fondo de la nueva calamidad económica, se ha brasilizado, siguiendo la estela de otro gran lugar común, como he sugerido: el término de comparación americano para calificar la actual escalada de desigualdades, notablemente urbanas y concentradas en los barrios desheredados de las grandes ciudades. Y al igual que la contraparte estadounidense, vale la pena repetirlo, la réplica francesa también se parecería a la misma relegación *tiers-mondisée*. Reconsiderando las cosas desde este ángulo, el actual malestar francés en la civilización también cristalizaría en primer lugar en una

nueva cuestión urbana de alcance sin precedentes, caracterizada precisamente por un corte binario de la sociedad: la ciudad dejaría cada vez más de ser el marco material de la sociedad para albergar un tipo de organización espacial que expone la desolidarización social en curso, la secesión americana que define el resurgimiento contemporáneo de la cuestión social (cf. Donzelot, 1999). En definitiva, en un momento dado se hizo común el uso de la expresión “société duale”, con pleno conocimiento del origen americano de este barbarismo en *franglés*, para señalar la *coupure sociale* que se había convertido en la característica dominante, por ejemplo, del mundo del trabajo francés, dividido de arriba abajo entre un núcleo integrado de trabajadores politécnicos y la masa marginada de precarios, incluso condenados a luchar por el triste privilegio de vender servicios personales a quienes tienen ingresos estables (Gorz, 1991: 86, 94). Fusionando los dos registros —la polarización urbana y la división salarial—, dos autores quebequenses (quien lo diría) apelan significativamente a la noción de “banlieu du travail salarié” para situar más vívidamente en la imaginación el proceso de dualización de las sociedades centrales, en este caso, una vez más, por un lado, el núcleo estable de una nueva élite de trabajadores asalariados, por el otro, una amplia gama del trabajo precario de mano de obra *d’appoint* (Greil y Wery, 1993). La analogía americana obviamente tiene límites.<sup>23</sup> Aun así, descontando los clichés alarmistas y estigmatizantes incrustados en el síndrome americano<sup>24</sup>, la relevancia del paralelismo no es pequeña, empezando por supuesto por la innegable radicalización de ciertos procesos de dualización, ostensiblemente en ciertos suburbios franceses que no son diferentes de la deriva reciente de las *inner cities* estadounidenses.<sup>25</sup> En cualquier caso, la americanización y alguna variante de la reivindicación periférica comenzaron a ir juntas, para bien o

<sup>23</sup> Por ejemplo, como los señalados por Loïc Wacquant en el artículo citado. En el caso del paradigma dual de las ciudades globales, ya nos hemos referido a las reticencias de Edmond Préteceille (2000b), reiteradas, como se vio, en otro artículo sobre un París que encaja mal en el modelo de Saskia Sassen. Ver también Jaillet (1999), que sin embargo, no concluía el artículo con un análisis de la muy real tentación de desolidarización que rodea a la próspera Toulouse en la carrera por integrar el pelotón de las “ciudades que ganan”; en el mismo número, los urbanistas François Ascher y Francis Godard siguen opinando que la secesión urbana a la manera de Los Ángeles, Caracas o “*telle ville brésilienne*”, está lejos de anunciar el futuro próximo de las ciudades francesas (cf. 1999).

<sup>24</sup> Para un breve análisis de las ideas fácticas del tipo “los disturbios urbanos amenazan la cohesión social”, véase, por ejemplo, Hérault (1997).

<sup>25</sup> Como admite el propio Wacquant en su artículo anterior. Y más —media docena de años después, confirmando en una dirección sorprendente la radicalización de tales procesos de dualización — que es propio de un mercado de trabajo cada vez más “dual” regular la precariedad social resultante mediante la progresiva sustitución del Estado Social por el Estado Penal ampliado (cf. Wacquant, 1999).

para mal, en el mismo vocabulario de denuncia -a diestra y siniestra- de la falla geológica que iba labrando la sociedad francesa. No es casualidad que la única mención explícita de Brasil que conozco aparezca, debidamente acompañada por su homólogo estadounidense, en un estudio de caso de disturbios suburbanos, dejando así la sensación de que el camino está de hecho libre no sólo para la *tiersmondisation* de los barrios pobres, sino que grandes porciones del territorio están siendo involucradas paso a paso en una “espiral de subdesarrollo”: “*au pire le Brésil; au mieux l’inner city des villes américaines. Nous voilà bien loin des ambitions européennes*” (Bachmann, 1997: 212).

En julio del año pasado (2000), el boletín de coyuntura del Insee [L’Institut national de la statistique et des études économiques] anunciaba que la maquinaria económica francesa funcionaba “à plein régime”. De hecho, Francia creció por tercer año consecutivo, mientras que la curva de paro siguió descendiendo, pasando del 12,5% al 9,1% en el periodo. Pero eso no significaba que el presidente Jacques Chirac hubiera retomado su viejo eslogan de campaña electoral. Contrariamente al sentido común económico (quién habría de decirlo ...), Chirac recordó una vez más que la infame *fracture sociale* -según el “concepto” lanzado en 1995 por el antropólogo Emmanuel Todd y el economista Henri Guaino-, por el contrario, se había intensificado en los últimos dos años, incluso añadiendo un atisbo de la paradoja latinoamericana: el regreso del crecimiento económico no aumenta automáticamente el poder adquisitivo de la población. La clave del misterio es simple: ¡franceses! ¡todavía un esfuerzo más para profundizar las “reformas”!<sup>26</sup>

¿Contraprueba? Para variar, el fulgurante Alain Touraine -que a veces confraterniza con el subcomandante Marcos, a veces santifica el Brasil privatizado de Cardoso, su ex colega de Paris X-, mientras se felicitaba por el aumento de la confianza en sí mismos de los franceses, no dejó de aprovechar la señal para machacar la vieja tecla conservadora de las “reformas”, como en los buenos tiempos de Juppé *l’audace*.<sup>27</sup> Digamos, sin embargo, que semejante retórica electoral recalentada estu-

<sup>26</sup> Bien entendido: “reformas” en una acepción inédita del término. Como quedó claro en la huelga de los servicios públicos franceses de diciembre de 1995, y ya era una prueba impactante en Brasil desde el 1 de enero del mismo año, “el concepto de reforma social dejó de ser progresista y fue defendido por los conservadores; dejó de significar auge social y pasó a indicar el regreso al capitalismo embrutecido de Manchester en el siglo XIX. Después de transformar el concepto de reforma social en su opuesto y apropiarse de él con un contenido antisocial, el gobierno [francés] procedió a criticar a los sindicatos con un cinismo inaudito, calificándolos de ‘incapaces de reforma’” (Kurz, 1997: 282).

<sup>27</sup> Entrevista en la *Folha de São Paulo*, 09/07/2000.

vo regida por una especie de mala conciencia sociológica. Una malicia involuntaria corroborada en ese momento por varios políticos de otros partidos, a saber: que el problema sigue siendo, ayer como hoy, el de la exclusión “dura”, la de los que se quedarán fuera, ya que las empresas contratarán sólo a los más “empleables”, por no hablar de que la reactivación puede endurecer aún más la sociedad, etc.<sup>28</sup> Dicho y hecho: por esa misma época, los conflictos laborales volvieron a radicalizarse de forma inesperada: además de las ocupaciones, las amenazas de convertir a las fábricas paralizadas en bombas de relojería ecológicas, cuando no simplemente de hacer estallar todo. Es cierto que en la mayoría de estos casos se trataba de sectores condenados, pero en el momento en que se reanuda el crecimiento esos asalariados jubilados parecen no mostrar ya la menor voluntad, como dicen los propios interesados, “*d’être les laissés-pour-compte de la reprise*”, además de estar envueltos en un enésimo plan social para la “refundación” de cualquier cosa. Es en este punto – como veremos más adelante– que el *Brasil redualizado* de hoy marca la diferencia, y la brasilización del mundo comienza a cambiar de signo, acreedora de un legado histórico que suscita la envidia de los líderes europeos, más o menos constreñidos por unas cuantas generaciones de Contrato Social: así, en un país de dualización originaria, el propio Presidente de la República puede anunciar impunemente que muchos millones de sus compatriotas con baja o nula empleabilidad serán debidamente reciclados por la reingeniería social en curso, siendo, además, aclamado por el distinguido público por la osadía de la exculpación sociológica con la que trata los datos de la vida nacional.

¿Uno o dos dualismos? Después de todo, esto es exactamente lo que se discutirá más adelante. O desde ya, en la visión más convencional de los franceses alarmados, pero haciendo las necesarias distinciones: en palabras de Claude Julien, “el mismo sistema desarrolla, en el Norte, un dualismo que quiere ser ‘civilizado’ y, en el Sur, un dualismo cuyo carácter salvaje ya nadie intenta ocultar” (1993: 9). Dado que la globalización es selectiva –y esto es casi por definición, a pesar del mito de la convergencia de las antiguas economías nacionales debidamente globalizadas– produce desconexiones drásticas tanto en la base como en la cima de la jerarquía mundial: en principio, la “fractura” entre el Centro y la Periferia no se desenvolvería en el mismo diapasón. Sucede que la llamada brasilización del mundo, como se nos dice y nos interesa probar, indica precisamente la contaminación de la polarización civilizada en curso en el núcleo orgánico del sistema por el comportamiento salvaje

---

<sup>28</sup> *Le Monde*, 01/08/2000.

de los nuevos bárbaros de sus periferias internas, que se extendió difundiendo la incivilidad de los subdesarrollados, de modo que la gran brecha también se ve como la que separa a los que son capaces y los que no son capaces de vigilar sus propios impulsos, como puede verse, por ejemplo, en la retórica de seguridad del Manifiesto “*Républicains, n’ayons plus peur!*”, publicado en septiembre de 1998 por Régis Debray y sus colegas de la izquierda *musclée*. Dejemos de tener miedo, si es el caso, de compensar el encogimiento económico y social del Estado con su expansión en materia policial y criminal: a su manera, esta fractura social exige también “tolerancia cero”, no más escaparates rotos, etc.<sup>29</sup> Desde un síntoma confusamente diagnosticado, la fraseología de la fractura (social, urbana o lo que sea) puede a simple vista bascular y engordar el amenazante arsenal de riesgos que exigen medidas gerenciales que no siempre se distinguen de un estado de excepción que se despierta con el orden imperial que se avecina.

Dicho esto, siempre es bueno recordar –volviendo a nuestro hilo– que el infame discurso de la fractura social, dividiendo a las poblaciones afectadas en dos fracciones, fue propagado con enorme éxito por Jacques Chirac durante la campaña presidencial. De aquellos polvos, estos lodos: una buena cartografía de las fracturas francesas –como la recientemente establecida por un geógrafo independiente (Guilluy, 2000)– confirma, en efecto, más allá, mucho más allá de la caricatura de los suburbios difíciles, devorados por la anomia, el advenimiento de una sociedad antagónica cuya líneas de ruptura se propagan al mismo ritmo que la metropolización y el correspondiente desmoronamiento del territorio y de las economías ancladas en él, lógicas de segregación social, cultural y territorial, que van borrando la tradicional imagen republicana de nación integradora y que finalmente van naturalizando el principio regulador de la desigualdad, esta vez *sans phrase*. Efectivamente. Centrado en la muy dudosa retórica –por decirlo suavemente– de la exclusión, que a su vez venía alimentando desde al menos una década una nueva literatura sobre el retorno de la Cuestión Social con el final de la Era del Crecimiento, el discurso de la fractura social presentó de entrada la inestimable ventaja de disolver en el gran desgarramiento del mundo el desagradable riesgo de ver en la imagen del país dividido entre incluidos y excluidos la clarísima expresión de una política de producción sistemática de desigualdades, por lo demás intolerables y degradantes.

<sup>29</sup> Véase el comentario sobre este lamentable desliz en Wacquant, 1999: 125-131. Sin embargo, observe que el autor, alarmado con razón por la expansión desenfrenada de este nuevo sentido común punitivo, no deja de señalar que la policía y sus homólogos no deben ser calumniados en abstracto.

Nada más razonable y hasta realista, por tanto, que concentrar el foco de la fractura –como su nombre indica, por otra parte– únicamente en ... la exclusión.<sup>30</sup> Pero tampoco basta para desvelar el amplio panorama contemporáneo de las desigualdades, especialmente cuando se les reclama novedad, como ocurre en el campo del reformismo modernista. ¿Qué significa decir que estamos entrando en una nueva era de desigualdades? En la mejor tradición apologética, que la sociedad siempre tiene la razón, más aún en un momento de la llamada “reafirmación democrática” (*sic*) como el actual, cuando cada vez es más difícil establecer la frontera entre las nuevas desigualdades y el cambio social propiamente dicho, y sus efectos desestabilizadores sobre los individuos afectados por una gigantesca redistribución de cartas... (cf. Fitoussi y Rosanvallon, 1996). Esto es básicamente una mutación antropológica, en el origen de un individualismo de masas sin precedentes, y cualquier otra cosa que el nuevo lenguaje sociológico-gerencial pueda recodificar. Lo mismo que la idea edificante de la “inserción”, como si fuera posible que alguien se quedara “fuera” de la sociedad, cuando ni siquiera los muertos pueden hacerlo. Por enésima vez: los desempleados no han sido “excluidos” del mercado, simplemente ya no encuentran a nadie que les compre su fuerza de trabajo, al igual que los pobres son consumidores como otros cualquiera, solo que insolventes –en una palabra, el mercado es una formación social que no admite ningún “exterior” (cf. Balibar, 1991: 202). Sólo para comprobarlo: no es casualidad que las llamadas políticas de “inserción” en Francia tengan la misma edad ideológica que los primeros tiempos de consagración de la iniciativa empresarial como fuente perenne de innovación y riqueza. Reconozcámoslo, no deja de tener su gracia la aclimatación francesa a la cultura empresarial estadounidense durante el periodo Mitterrand, un cierto economicismo de izquierdas glamuroso que se sirve con un descuento especial al público brasileño desde julio de 1994.

Pero volvamos al carácter afirmativo de esta constelación binaria de exclusión/inserción. Y a la conocida aversión de Robert Castel a la noción de exclusión. A su juicio, es mucho más importante destacar el papel estratégico de las zonas intermedias de vulnerabilidad que preceden al *décrochage*, y por encima de eso, el epicentro de las ondas de choque responsables de la *mis sur les margens* de una parte creciente de la población, porque contrariamente a lo que imagina el sentido común globalista, no existe una falla absoluta que separe a las “clases acomodadas”

<sup>30</sup> El resultado de la segunda vuelta que eligió a Chirac confirmó la justeza de esta estrategia, concluye Claude Julien (1995), en cuyo comentario me baso.

de las subclases de individuos superfluos y banalizados, sino que son precisamente los *in* aquellos que generan los *out*: el Centro nunca ha sido tan omnipresente en la sociedad en su conjunto. De nuevo, nadie está “fuera”<sup>31</sup>. En suma, todo sucede como si un verdadero proceso de dualización engendrara una falsa representación de un orden social dual consolidado: así, en un registro, una percepción dramática de una sociedad cada vez más *éclaté*; en otro, la visión dual-funcionalista de una economía que avanza a marchas forzadas muy por delante de una sociedad *qui a du mal à suivre*, como dicen los documentos oficiales, y para eso están los modernizadores de turno.

No hay brasileño que no haya visto esta película, y para cuya construcción no dejará de ser interesante recordar los términos familiares en los que Alain Touraine –para variar– recodificó la nueva apología de la fractura social. Una vez más: la ruptura de la era que en principio estaríamos viviendo no sería más que el rito de paso de una sociedad vertical de explotación económica a una sociedad individual de exclusión, en la que lo decisivo ya no es pertenecer o no a los estratos superiores o inferiores, sino estar en el centro o en los márgenes, de modo que aquellos que están fuera vivirían en una especie de vacío social que obligaría a entrar al mundo de los integrados.<sup>32</sup> Lo que queda del antagonismo en una sociedad de actores individuales, a su vez fracturada y, por así decirlo, interaccionista, es una lucha por el reconocimiento, aunque sólo sea a través de la confrontación directa que proporciona un motín, y no obviamente a través de la transformación; *en una palabra, integración más que emancipación*. ¿Tengo que añadir algo? En este marco de fraccionamiento horizontal, el núcleo de los incluidos representa la fracción “moderna” de la sociedad que, además –he aquí la buena noticia– funciona muy bien gracias y de espaldas a la masa restante de inadaptados, sin necesidad de explotarlos, ni siquiera coaccionarlos. Esta indiferencia, por desgracia, es la principal fuente de violencia e incivilidad. Puedo estar equivocado, pero creo que el golpe de gracia en esta periodización celebratoria –había una vez una sociedad de clases basada en la explotación económica, a la que sucedió una sociedad de individuos impulsada por la entrada y salida meritocráticas en las redes de la opulencia– fue finalmente dado, por lo menos en el ámbito del correspondiente debate francés, por Luc Boltanski y

<sup>31</sup> Cf. Castel, 1995a. Véase también la entrevista del autor concedida a François Ewald (Castel, 1995b). Recuerdo que también para Castel el paradigma de una sociedad dual es sin duda estadounidense, con la salvedad habitual de que Francia aún no se encuentra ahí.

<sup>32</sup> Cf. Touraine, 1991 (*apud* Roman, 1998: 19-20). Más recientemente, entre otros escritos del mismo Touraine, (1997).

Ève Chiapello, al reintroducir la noción crítica de *explotación* más allá del clásico vínculo salarial en sus propios términos, es decir en el lenguaje mismo de la sociedad red, para la cual sólo la exclusión tiene sentido y precisamente como “desconexión”. Para ello, intentaron tomar en serio la noción afirmativa de exclusión, al punto de convertirla en su opuesto, a saber, una forma de explotación que se desarrolla en un mundo conexionista, pero que ahora es un mundo en el que la realización de la ganancia pasa por la *mise en reseaux* de las actividades (Boltanski y Chiapello, 1999). Dicho esto de paso, porque es interesante subrayar a partir de ahora – y desde el punto de vista de la Periferia, ya que está en el punto de mira cierta fractura brasileña del mundo, presentada a su vez como una Red de redes y localizaciones–, entre tantas nuevas categorizaciones, la muy tangible existencia de mecanismos de extracción de plusvalía “en red”<sup>33</sup>, como, por ejemplo, las relaciones económicas basadas en “diferenciales de movilidad”, de hecho, la figura misma de la estratificación, para ir al grano, a lo que sin duda volveremos. Como decía, esta *dualidad unidimensional* es bien conocida al sur del ecuador, donde se aplicó como pauta a otra fractura (ahora sin comillas) más original, estrictamente “colonial”, una pauta destinada a medir lo que nos faltaba y nos mantenía a distancia de la modernidad, en la que debíamos integrarnos, ya que estábamos deslizándonos hacia la desviación, a una especie de limbo civilizatorio, como los “excluidos” de hoy. No es que ese no fuera el caso. Ayer como hoy, el problema es que quienes piden entrar normalmente no critican ni miran el precio, sino que pagan por una nueva categoría de “excluidos” de la modernización, reiniciando el ciclo del subdesarrollo, para hablar con un poco más de precisión, además de devolvernos a nuestro ángulo de ataque, esto es, el punto de vista de las periferias reencuadradas por las nuevas disciplinas del capital victorioso.

Comentando sobre el creciente éxito de la noción *passé-partout* de la exclusión –empleada consensuadamente por la izquierda y la derecha– recuerda Serge Paugam –y vale la pena repetirlo– que el debate francés de los años 70 giraba básicamente en torno a las relaciones de dominación y su reproducción, atendiendo muy excepcionalmente a los marginados por la modernización o a los olvidados por el progreso (cf. Paugam, 1996). No es que hayan desaparecido, incluso han dado un gran paso adelante, multiplicando procesos de ruptura inéditos y dramáticos. Ade-

<sup>33</sup> Las “rentas informacionales” de las que habla Marcos Dantas en los trabajos citados. Entre otros “valores” reapropiados por el actual sistema de cercamientos de riqueza “inmaterial” socialmente generados.

más, del clásico conflicto de intereses entre grupos sociales antagónicos –y que por tanto se reconocen como tales–, a la actual explosión de desigualdades, en una sociedad hasta ese momento razonablemente integrada, sería en realidad la expresión de un colapso del *vínculo social* mismo –otra expresión consagrada para representar la cohesión social amenazada por la generalización de dichas fracturas, cuyo grado de comprometimiento estaría asumiendo irreversibles proporciones brasileñas– que acompaña el actual repertorio francés de precariedad. Además, la exclusión así entendida ya no lleva consigo ningún principio de recomposición de la sociedad, como en los buenos tiempos de la lucha de clases y su horizonte de superación definitiva. De ahí la escalada exponencial de la *violencia*, por citar otro tema predilecto del reformismo conservador actual y al que seguro volveremos, porque la fuerza bruta forma parte de nosotros mismos, por no hablar de nuestra asombrosa colección de incivildades. Y el correspondiente diagnóstico es correcto: la violencia sería una de las variantes de la enfermedad senil de una sociedad industrial en decadencia y de instituciones republicanas en estado de quiebra (Wieviorka, 1999). De nuevo, disfunciones patógenas por el acelerado cambio social, no tanto una crisis cuanto la turbulenta inauguración de otro paradigma civilizatorio, acompañada del fracaso múltiple de los entramados que formaron las viejas solidaridades, familia, escuela, empresa, sindicato, etc. En estas circunstancias, cabría incluso esperar una reformulación “violenta” de las formas de “hacer sociedad”, en fin, una clásica tesis funcionalista reciclada ahora en otro ámbito de “gestión” de lo social como fractura expuesta.

Un ambiente de reingeniería de riesgos e inseguridades que podría llamarse entonces *posnacional*, si bien es cierto que la Nación y la Cuestión Social siempre han ido de la mano, situando temporalmente la “invención de lo social”<sup>34</sup> en un acuerdo original de regulaciones y protecciones desmercantilizadas, y la invención política de la nación consistente en la formación de una sociedad institucionalmente capaz de existir como un todo vinculado por relaciones de interdependencia (Castel, 1995a: 18s.). Pero de ser así, la implosión del Estado de Bienestar y la consiguiente invalidación del lazo social que había descontractualizado –no todo es contractual en un contrato, empezando por la compraventa de fuerza de trabajo– permite ver retrospectivamente que en realidad sólo existe una sociedad de “semejan-

---

<sup>34</sup> Título de un libro de Jacques Donzelot (1984). Para un comentario sobre la periodización propuesta por el autor –el Estado del Bienestar, diseñado para eludir el antiguo conflicto entre propiedad y trabajo, de modo que la seguridad y la ley ya no dependa exclusivamente de la propiedad, habría comenzado a nacer después del trauma de 1848–, ver Castel, 1995a: 269-275.

tes”, como quería Durkheim<sup>35</sup>, y que una sociedad de semejantes sólo puede ser nacional, en el sentido republicano que se le está dando al término, por lo demás ambiguo hasta la raíz. La fractura que dualiza es precisamente esta disolución de una sociedad de “*sembables*”, en rigor la negación de la idea misma de sociedad, que ya no parece tener ningún sentido<sup>36</sup>, así como tampoco lo tiene una subsiguiente sociedad global, una contradicción en los términos para el pensamiento social clásico, aunque esta salvedad no sea propiamente un argumento. Castel y Paugam —entre muchos otros— aluden a este punto final del proceso cuando recuerdan que exclusión y sociedad no pueden coexistir, salvo, claro está, que se fabrique otro concepto para el actual espacio de relaciones no sociales que cristaliza con la desafiliación en masa del orden salarial específico del ciclo histórico recién concluido. Volviendo a la nueva violencia urbana, que los actuales ideólogos y gestores globalitarios ven como el precio a pagar en el tránsito de una sociedad gobernada por un conflicto central a otra “cosa” caracterizada por el individualismo de masas (como llamó Marcel Gauchet a la “sociedad de la inseguridad”), entonces tiene perfecto sentido anunciar que Francia es hoy el escenario de una desorganización espectacular, *nada menos que la revocación de la sociedad nacional francesa*<sup>37</sup> —lo que los estadounidenses empiezan a llamar brasilización, con la diferencia, por supuesto, de que nosotros nunca llegamos a conocer una verdadera sociedad asalariada.

<sup>35</sup> De nuevo Castel (ibid.: 277-278): quien destaca la afinidad de la concepción “sociológica” de la sociedad en Durkheim, adversario del postulado básico de la antropología liberal, obviamente individualista y economicista, esto es, el reconocimiento de las grandes regulaciones objetivas de los fenómenos sociales, con la concepción de los “*republicains de progrès*”, en el origen el Estado Social francés. Un amplio arco de coherencia se extendería así desde el nacimiento conjunto de la Sociología moderna y la Cuestión Social en el siglo XIX —en principio, tal cuestión, resoluble mediante una especie de reforma social permanente, inducida por algo así como un acuerdo político tácito entre liberales y socialistas después de 1848, si Wallerstein tiene razón—, hasta la regulación de tipo keynesiano de las sociedades salariales nacionales, precarizadas por la revancha actual de los mercados. Es comprensible, entonces, que la sociología decaiga hasta la extinción desde el momento en que —por razones de globalización o lo que sea— se declara obsoleta la idea “nacional” de reforma social, salvo por supuesto en su sentido antisocial invertido actual. Sobre este eclipse concomitante de una disciplina que nació conservadora y, sin embargo, es condenada por un vicio del progresismo y de una respuesta colectiva a la Cuestión Social, véase Beilharz (1994: 202-203).

<sup>36</sup> ¿Habría que recordar todavía la famosa provocación? “*There is no such a thing as society*” (Margareth Thatcher), que lo diga la “exclusión”. Así como las abstracciones pueden destruir la realidad, el nominalismo también aniquila su propio principio de individuación.

<sup>37</sup> Cf. Wievorka (1999: 47). Cerrando el ciclo, con las palabras del inventor de la “fractura social”: “la nation, qui enferme les riches et les pauvres dans un réseau de solidarités, est pour les privilégiés une gène de tous les instants” (Todd, 1998: 153).

Volvemos, pues, a nuestro escenario original: el síndrome brasileño de la construcción nacional abortada y, además, interrumpida en una sociedad drásticamente heterogénea, “dualizada” por el propio proceso de modernización, es lo que define precisamente el subdesarrollo como un resultado histórico y no como una etapa a ser superada en un proceso lineal. (Con el tiempo: como no tenemos moneda convertible ni dirigimos ningún proceso endógeno de innovación tecnológica, otra famosa provocación sigue siendo lo que siempre fue, solo una provocación: Brasil no es un país subdesarrollado –tan solo injusto, como reza su cínico complemento). Volvemos a nuestro punto de partida, pero con una salvedad: en la hipótesis, ahora sujeta a revisión<sup>38</sup>, de que una construcción nacional de este tipo estaba realmente en marcha desde que el Estado brasileño salió de la clandestinidad a mediados del siglo XIX con la prohibición del comercio de esclavos, conocida tesis del historiador Luiz Felipe de Alencastro sobre los orígenes de la nacionalidad. (La desfachatez del disparate entre paréntesis no deja de reforzar la hipótesis de que la ansiedad de las élites por algo así como un déficit de construcción nacional por saldar bien puede no ser más que otro mito retrospectivo de nuestras grandes narrativas fundacionales. Veremos). Ahora bien, si antes era precisamente esa infame “dualidad” la *que nos hacía pensar* (en su momento trataré de explicar cómo y por qué) –a saber, la coexistencia y determinación recíproca del Centro y la Periferia en un mismo espacio social, el resorte secreto de la “doble fidelidad” que aquejaba a nuestros sabios próceres–, mucho más ahora, al menos en principio, que nuestra fractura colonial congénita era finalmente igualada por la de un mundo que obviamente nunca conoció la condición colonial (a excepción de Estados Unidos y en otro registro, aunque fuera una República esclavista), pero ahora tan polarizada como una inmensa periferia, una periferia que a su vez siempre había apostado por el proceso inverso, magnetizada por la redención de la homogeneidad social a la europea que ahora se desmorona –por dejarlo dicho y repetido para resumir el argumento.

También se debe agregar (nunca se sabe) que la brasilización global no significa que el futuro del mundo sea el “retraso” o alguna variante tropical del capitalismo salvaje, especialmente cuando se tiene en cuenta la corrupción endémica en los países centrales, ya aclimatada como una segunda naturaleza de la economía autonomizada –por el contrario, la matriz colonial aquí es sinónimo de vanguardia en un sentido muy preciso: “mientras que otras colonias se estructuraron como colo-

---

<sup>38</sup> Por ejemplo, en el ensayo exploratorio de José Luis Fiori (2001), precedido por otra incursión pionera de Maria da Conceição Tavares (1999). Es claro que volveremos sobre el tema.

nias de asentamiento, por lo tanto en la retaguardia de la expansión mercantil (...) Brasil, de manera ejemplar, nació para el sistema a la vanguardia, es decir, como lugar de producción” (Oliveira, 1998: 206). Hoy volvemos a estar en la vanguardia, sólo que de la desintegración.<sup>39</sup> Ayer, cuando éramos la frontera avanzada del *désenclavement* planetario de la economía-mundo capitalista<sup>40</sup>, ocupábamos el extremo químicamente puro de una configuración social propiamente monstruosa en la que se expresaría el sentido mismo de la colonización y, como estamos viendo, un pasado con mucho futuro. Me refiero al absoluto predominio (y transparencia) de la razón económica en la génesis de una “sociedad” que por eso mismo (si Mauss y Durkheim tienen razón...) difícilmente podría llevar ese nombre. En el ejemplar resumen de Celso Furtado:

<sup>39</sup> En la fórmula de Roberto Schwarz (1993), bajo el impacto del punto límite anunciado por Robert Kurz, dicho sea de paso, precisamente descubierto y leído en tiempos de Collor.

<sup>40</sup> Utilizando libremente una expresión de Jacques Adda (1996). Con segundas intenciones, por supuesto, aunque sólo sea para aportar la siguiente aclaración, que ya va siendo hora. El concepto de economía-mundo, que se remonta a Braudel y fue explorado por los teóricos de la *World-System Theory*, pone de relieve –contrariamente a las concepciones liberales y marxistas convencionales, que presuponían un espacio económico políticamente neutro– el carácter político del sistema mundial de intercambios capitalistas, que es a la vez plural y jerárquico (como decía el propio Braudel, no hay capitalismo sin jerarquía y sin todo tipo de asimetrías sociales que desembocan en monopolios). Así, el espacio económico internacional que se formó a raíz del gran *désenclavement* europeo fue, desde el principio, un espacio fuertemente jerarquizado, cuya expansión es inseparable de la competencia que enfrenta a los Estados occidentales y se expresa en la lucha por el control de las zonas periféricas. Cuando se dice que en el espacio de medio milenio esta economía-mundo se ha hecho planetaria, no se quiere decir que no haya sido “global” desde el *big bang* que la engendró. (Entendamos por fin el sinsentido de un capitalismo original surgido en un solo país, como la Inglaterra de la Revolución Industrial, y de ahí irradiado por el mundo en una carrera de obstáculos entre el pelotón de los “avanzados” y la cola de los *late-comers*; sinsentido simétrico al juicio apologético actual del capitalismo que ha funcionado en los países “avanzados”, del tipo: al menos donde funciona, funciona muy bien). Más exactamente, se trata de una red de intercambios que implica una división del trabajo que se extiende sobre un espacio plurinacional –por decirlo de manera sencilla, ya que tal multiplicidad de jurisdicciones políticas que atraviesan territorios económicos no tiene por qué adoptar necesariamente la forma de “nacional”, una forma histórica entre otras– y cuya compulsión de nacimiento a la acumulación ilimitada le prohíbe a la vez encerrarse en un espacio político singular y le obliga al crecimiento exponencial de la competencia entre poderes políticos rivales, excluyendo así la hipótesis –una tentación recurrente– de un espacio estatal imperial único. Por lo tanto, en el caso de un sistema de flujos transfronterizos de factores y de localizaciones económico-políticas, estamos hablando de un sistema que, en este *désenclavement* original (de cuyo flanco brotamos), nació a la vez “global” y “nacional”. Se trata de desarmar la falsa querrela entre globalistas y localistas de los más variados orígenes y obstinaciones doctrinales. Es más –o, sobre todo, pues aquí radica la matriz básica de las polarizaciones de las que nos interesa catalogar– es precisamente en la frontera de contigüidad entre Centro y Periferia, y lo que los teóricos citados denominan *semiperiferia*, donde nos situamos ideológica y materialmente, y ello desde que tal espacio intermedio se configuró a lo largo del siglo XIX, como variable de ajuste del centro de desplazamiento cíclico. He aquí, como se sugiere y veremos más detenidamente, la matriz sistémica de nuestra dualidad de nacimiento, tanto la real como su simil ideológico.

“Los que llegaron trajeron consigo los medios para poner en marcha una empresa que ya había nacido próspera (...) Un grupo de comerciantes creó la primera organización de producción agrícola del hemisferio occidental, vinculada al mercado europeo (...) Se puso en marcha una operación transcontinental de gran envergadura, con el objetivo de crear un flujo de exportación hacia un mercado situado a miles de kilómetros. De este modo, los criterios económicos prevalecen sobre todo lo demás. Pocas veces en la historia de la humanidad una formación social ha estado condicionada en su génesis tan completamente por factores económicos” (Furtado, 1989: 15).

(Marx no decía algo muy diferente cuando presentaba la empresa colonial como la cámara de revelado de la verdad oculta en la metrópoli). Un resumen en el que resuenan las observaciones finales de Caio Prado Junior sobre la conformación colonial del Brasil contemporáneo, confrontando la eficiencia de nuestro orden colonial como organización productiva con su esterilidad “en lo que respecta a las relaciones sociales de nivel superior”. En su opinión, dada la exclusividad de la cruda explotación económica, lo que define el vivir en la periferia de la matriz colonial moderna es esa “falta de nexo moral”, tomado en su sentido amplio de “conjunto de fuerzas aglutinantes, complejo de generaciones humanas que mantienen vinculados y unidos a los individuos de una sociedad y los funden en un todo cohesivo y compacto” (Prado Junior, 1977: 344-345). ¿Y qué? Donde se dice que el nexo moral está ausente en una cuasi-sociedad de la vanguardia mercantil podemos leer la erosión y la invalidación de ese privilegio social cuya evaporación contemporánea mantiene despiertos a los franceses amenazados con la brasilización.<sup>41</sup> Resulta que la brasilización, como el Ser en Aristóteles, se dice en más de un sentido.

---

<sup>41</sup> Los argentinos también, después de todo nada en América Latina está más cerca de Europa que Buenos Aires. Como ya he dicho, no conocía el uso directo del neologismo *brésilianisation* en la literatura francesa sobre la actual explosión de desigualdades. Sin embargo, leí en un artículo de Marie-France Prévôt Schapira sobre la fragmentación de las ciudades latinoamericanas, que en un doctorado de 1998 en la EHESS sobre el proceso de pauperización de la clase media argentina, el autor considera que Argentina se está acercando por fin al tipo de sociedad dual que es Brasil, y más concretamente que en una ciudad dopada por la llegada de inversiones extranjeras como Buenos Aires, “*la peur de la brésilianisation alimente un discours sécuritaire et des logiques de démarquage*” (Prévôt Schapira, 1999: 133).

## 9 EL MUNDO SIN CULPA (I)

Cuando se hizo pública entre nosotros la errónea apreciación de Michael Lind sobre el carácter brasileño de la sociedad estadounidense en gestación, obviamente suscitó cierta polémica. Invitado por la prensa a “hacerse eco” del sombrío pronóstico, el antropólogo Roberto da Matta reaccionó adecuadamente, es decir, en consonancia con una ilustre estirpe de explicaciones sobre las singularidades del país:

“El uso de la expresión *brasilización* para expresar un estado de injusticia social me deja herido y preocupado. Por un lado, no tengo nada que decir, porque la caracterización es correcta. Por otro lado, tengo que decir que el modelo de Michael Lind excluye varias cosas. La jerarquía y la tipificación de la estructura social brasileña indican un modo de integración social que tiene sus puntos positivos. En estos sistemas, combinamos los opuestos y aceptamos las paradojas de la vida con más calma. ¿Es esta forma de relacionarse incompatible con una sociedad viable en términos de justicia social? No lo creo. Al contrario, creo que puede haber más espacio para que estos sistemas híbridos y *brasilizados* sean auténticamente más democráticos que esas estructuras rígidamente definidas, en las que todo se hace sobre la base del sí o el no. Al fin y al cabo, entre el negro pobre que vive en las afueras y el blanco rico que vive en el ático hay mucho conflicto, pero también hay carnaval, comida, música popular, fútbol y familia. Quiero creer que el futuro será más de estas sociedades relacionales que de sistemas basados en el conflicto a lo largo de rígidas líneas étnicas, culturales y sociales. En cualquier caso, es interesante destacar la presencia de un estilo de vida brasileño como modelo para Estados Unidos. Es una señal de que efectivamente las cosas pueden haber cambiado mucho.” (Da Matta, 1995).

Está bien recordado, en efecto. En este caso, la legendaria maleabilidad de este modo de ser con libre tránsito entre las clases y de carácter simpáticamente popular. Por supuesto, hay una gran trampa, como pronto veremos. Para abreviar y dar una referencia clásica, podemos decir sin equivocarnos que este cuadro estilizado es descendiente directo del Brasil de los antagonismos en equilibrio, inventado por Gilberto Freyre, a pesar de su fuerte apoyo en la engañosa persistencia del orden patriarcal. Me permito recordar una vez más que Mário de Andrade solía decir que éramos una “inmundicia de contrastes”, pero esto fue durante su último período de ilustre compromiso con el avance intelectual e institucional del país. Mientras que el retrógrado vanguardista Gilberto Freyre lo consideraba ante todo un lujo,

más exactamente, “un lujo de antagonismos”. Podemos imaginar con qué placer habría relacionado el muy paulista lapsus de “inmundicia” con los profilácticos guantes de goma, como caracterizó una vez la colonización inglesa en la India, en contraposición a la tensa pero armoniosa amalgama creada en los trópicos por un colonizador indefinido, mitad europeo mitad africano, tal como veía al portugués. Recuerdo esta momentánea inversión de posiciones sólo para señalar (siguiendo a Benzaquen de Araújo, 1994) cómo su visión, a la vez poco sutil y agradablemente complaciente, le permitía presentar una imagen que rompía con la acomplejada obsesión de ajustar el país a la marcha de la civilización. Dicho esto, no podemos ir más lejos sin recordar, restableciendo la verdad histórica, que tal derechización antiburguesa se debió, por supuesto, a la revelación modernista de que la modernidad podía ser plural, que nada obligaba a comulgar con la modernolatría a ultranza de los futuristas europeos, por ejemplo. En resumen, la respuesta del autor de *Carnaval, malandros e heróis* también se hacía eco del nostálgico contrapunto de Gilberto Freyre, obviamente a nuestro favor, entre los “ásperos rasgos puritanos” del colonizador inglés, por un lado, y “el tipo contemporáneo, sin ideales absolutos ni prejuicios inflexibles”, que se habría moldeado en la América portuguesa, por otro.

Esta comparación desfavorable con la rigidez de la norma puritana en el origen de la formación histórica de los Estados Unidos a favor del término de comparación brasileño, debido a una simpática aversión al universo de las disciplinas modernas, hasta el punto de que la eventual generalización de cierto modo de vida brasileño es saludada como una buena noticia para la causa de la civilización, tiene otro precedente más que ilustre. Me refiero al fundamental estudio de Antonio Candido sobre las *Memórias de um sargento de Milícias*, de Manuel Antonio de Almeida, una novela costumbrista de mediados del siglo XIX en la que se creyó ver una picaresca precursora de antihéroes modernistas como Macunaíma y Serafim Ponte Grande.<sup>42</sup> Hasta que Antonio Cândido cambió el rumbo de esta fortuna crítica, reorientando en consecuencia el estudio literario en la dirección de cierta lógica social brasileña hasta ahora inexplorada, y en el modo comparativo que ahora nos interesa revivir. Reveló así una manera muy peculiar de ser, de suspender los conflictos y los respectivos juicios morales, responsable de una especie de circulación continua de la gente humilde en una sociedad esclavista, atrapada entre el trabajo servil y las clases terratenientes, entre las esferas del orden y del desorden,

---

<sup>42</sup> El clásico *Dialética da Malandragem* es de 1970, sólo recogido en forma de libro en Candido (1993).

de lo lícito y de lo ilícito, y empujada de aquí para allá por la variada inercia del parasitismo y de otros métodos de supervivencia, sin mayores dramas de conciencia ni compromisos de convicción. Lo más sorprendente es que ese pequeño grupo de personas, rayano en la anomia, marcara la pauta ideológica de toda la sociedad: deberíamos recordar que los detentadores del poder social también “combinaban los opuestos”, “aceptaban con tranquilidad las paradojas de la vida”, pensando también que las cosas no se hacen “a base de sí o no”, para volver a los términos en que Roberto da Matta, a su vez, repudiaba la dudosa supremacía del espíritu americano del capitalismo sobre la maleable sociedad relacional brasileña. Antonio Candido era también de la misma opinión sobre el déficit de humanidad de una organización social dirigida por la introyección de la Ley y la correspondiente extroversión de la violencia interiorizada sobre los no elegidos, así como sobre la correspondiente ventaja civilizatoria de una sociedad que gana en “flexibilidad lo que pierde en integridad y coherencia”. En definitiva, la alternancia flexible entre la norma laxa y su infracción sin remordimientos, que alivia tensiones y da paso a todo tipo de acomodados, “a veces nos hace parecer inferiores a una visión estúpidamente alimentada por valores puritanos, como la de las sociedades capitalistas”, pero sin duda facilitará “nuestra inserción en un mundo eventualmente abierto” (Candido, 1993: 53). Ese mundo abierto, en el que destacaría la aportación millonaria de nuestra idiosincrasia, obviamente no ha llegado. Y si lo hiciera, se encontraría con la *dialéctica brasileña de la granujería puesta boca abajo*. Ocurrió lo contrario en todos los frentes, como sabemos. Pero, sobre todo, hubo otro enorme disparate, la inversión positiva de la tesis de la brasilización de Occidente. Desde un punto de vista europeo, nada podría ser más genuinamente brasileño.

## 10 EL ADMIRABLE NUEVO MUNDO DEL TRABAJO YA ESTÁ AQUÍ

Que yo sepa, el europeo más reciente en lanzar el lema de la brasilización de las sociedades centrales ha sido el sociólogo alemán Ulrich Beck, autor del eslogan Sociedad del riesgo y propagador de la idea de Modernidad reflexiva o Segunda modernidad de Anthony Giddens (Beck, 1992; Giddens, Beck, Lasch, 1995). Al igual que sus precursores estadounidenses, empezó utilizando el neologismo en su sentido entrópico más obvio, como sinónimo de exclusión y dualismo salvaje. Su penúltimo libro termina profetizando la brasilización de Europa si esta no se decide por un *new deal* contra la exclusión social –entre generaciones, entre empleados y de-

empleados, etc. (Beck, 1999). En esta ficción, el monopolio estatal de la violencia habrá sido abolido; el Estado del bienestar estará en ruinas, pero el desorden no prevalecerá, o más bien sólo en los territorios intermedios que legalmente no pertenecen a nadie, porque en los otros -unidades de poder en conflicto que se definen y se enfrentan entre sí, Estados que representan intereses particulares de partes interesadas concretas- reinan, confusamente delimitados, los grandes consorcios internacionales, los cárteles de la droga, los ejércitos de liberación nacional, los activistas medioambientales, etc. En estos Estados residuales se seguirían recaudando impuestos, pero en forma de pagos voluntarios o donaciones institucionales. La proyección de este escenario se completa con variantes estilizadas de la cleptocracia mundial actual; por ejemplo, circunstancias en las que se permite robar libremente, incluso por motivos terapéuticos, por no hablar de regiones en las que se pueden adquirir y consumir estupefacientes sin restricciones, un viejo tópico del programa liberal. En este último punto, nuestra imaginación nacional ha sido quizás más acertada. En una reciente película brasileña, sin duda la más importante de la década -lo que no es exactamente un cumplido, dada la indigencia característica de un período de regresión a todos los niveles-, *Cronicamente Inviável*, de Sérgio Bianchi, una joven dama de la alta sociedad con un pasado posiblemente izquierdista y un presente filantrópico piensa que el Estado debería distribuir *crack* gratuitamente a los excluidos: si su futuro es realmente ninguno, al menos que sean asistidos públicamente en su agonía por el paraíso artificial del poeta llamado *Welfare*. Pero parece que esta visión de un naufragio *à la carte* de Occidente no era más que un mal presentimiento. En el siguiente libro de Ulrich Beck, tal vez contaminado por el optimismo oficial de la Expo-2000 de Hannover, que le encargó una monografía para la Biblioteca Básica de la muestra, Brasil reaparece, pero elevado a la categoría de paradigma positivo del *Nuevo mundo feliz del trabajo*, anunciado por el título del libro. Todo sucede como si nuestro autor hubiera retrocedido de la conciencia catastrófica de la brasilización de Occidente a una leve conciencia verdigualda de la globalización, más exactamente, de la dualización del mercado de trabajo. Así que volvemos a ser el País del Futuro. En este caso, somos el prototipo real de la Sociedad del Riesgo en camino. Quién lo iba a decir: nuestra modernización de *convergencia* acabó entrando en la Segunda Modernidad, la dinámica reflexiva y triunfante de la “modernización de la modernización” se manifestó finalmente en el “desorden” de una sociedad periférica, por definición inacabada. Quemando otra vez etapas, nos encontramos de nuevo en la vanguardia, es decir, en la

vanguardia de la “superación” del régimen de plena ocupación del trabajo en Occidente.

“Brasil desafía la imaginación sociológica como un laboratorio único en el que nuestras certezas se desmoronan. La metáfora de la brasilización busca traducir ese movimiento (...) El problema de la brasilización es la diferencia entre la Primera y la Segunda Modernidad, que es la simultaneidad del riesgo global, como lo demuestran la desintegración del mundo del trabajo y la universalización del desempleo”.<sup>43</sup>

En este punto, el riesgo podría capitalizarse como categoría ontológica del infame ser-en-el-mundo, como en los buenos tiempos del descubrimiento existencialista de la Finitud y sus derivados. Así, mientras que en la Primera Modernidad todo era cuestión de seguridad, certezas y demarcaciones claras entre el sí y el no, ahora, desde la economía hasta la intimidad, todo está bajo el nuevo régimen del riesgo. Especialmente la compraventa de fuerza de trabajo, un ámbito en el que estamos exportando *know-how* en términos de máxima flexibilidad. Y no importa que para millones de brasileños las tareas de la Primera Modernidad sigan siendo una agenda eternamente postergada, porque el razonamiento no es etapista, y se parece más a un pastiche involuntario de una revolución permanente, si no a la manera bol-

<sup>43</sup> Cf. Beck (2000), en particular los capítulos 1 y 6. Para un breve resumen del argumento, véase el artículo del mismo autor Beck, 1999. Véase también la entrevista realizada al autor por José Galisi Filho para *Folha de São Paulo*, 23.05.1999, quien le pregunta en un momento dado por qué exactamente “brasilización” y no, por ejemplo, “mexicanización”. De hecho, aunque el PIB de México creció un “asombroso” 7,8% en el primer semestre de 2000, la última encuesta sobre la distribución de la renta y la riqueza (INEGI, agosto de 2000) mostró que la brecha entre ricos y pobres se había ampliado aún más, hasta el punto de que algunos expertos estimaron que, en rigor, más de dos tercios de la población mexicana se encontraban ya por debajo del umbral de la pobreza, concluyendo que desde la devaluación de la moneda en 1994 se había destruido gradualmente la clase media, convirtiendo a México en un país sólo de ricos y pobres, sin una capa intermedia. (No deja de ser intrigante, recordémoslo de paso, que algunos teóricos brasileños, por eso mismo heterodoxos, hayan resaltado recientemente no sólo la centralidad de la clase media brasileña, sino que también hayan anclado sus respectivos proyectos de renacimiento nacional en el reencuentro de esta misma clase media que revive con el “pueblo”, lo que obviamente estaría muy lejos de la descomposición por entropía o anomia, como lo revelan los clichés de las élites, en palabras de estos mismos teóricos). El mismo José Galisi Filho entrevistó al respecto al actual Ministro de Trabajo de la República Federal de Alemania para el *Jornal do Brasil*, del que obviamente recibió una respuesta oficial: después de admitir que la era clásica del pleno empleo había llegado a su fin, que una mayoría cada vez mayor de trabajadores presenta una “biografía discontinua”, el Ministro se negó a respaldar la opinión de que dentro de diez años, uno de cada dos alemanes ocupados trabajaría en “condiciones brasileñas”. Seguramente no se dio cuenta de que esas condiciones se referían al surgimiento del nuevo hombre, el Hombre Flexible, cuya maleabilidad a la brasileña estaría configurando un nuevo modelo alternativo de ocupación, propio de los *fleximers*, algo que parece que siempre hemos sido sin saberlo, flexibles de nacimiento, tal vez en los términos clásicos del pensamiento brasileño antes mencionados.

chevique, al menos de calcomanía en calcomanía a la manera del Alto Modernismo brasileño, cuando fantaseaba con añadir prestaciones *high-tech* a nuestra reserva preburguesa de desorden colonial. Pensándolo bien –estamos ante otro episodio de derechización involuntaria–, la sensación de una flexibilización del mundo a la brasileña no es descabellada, siempre que se invierta el signo de las dos variables, calificando mejor el desorden realmente generado por la flexibilización. Como hizo Richard Sennett, por ejemplo, en el sentido de la alienación creciente del sujeto que se “doblega” y se ajusta al envilecimiento del entorno cambiante: lo que en la cima de la jerarquía del capitalismo flexible se presenta como el poder de prosperar en el caos de las empresas tecnológicas en expansión, se manifiesta como la compulsión autodestructiva de los que trabajan más abajo en el régimen flexible (Sennett, 1988: 46-63).

Por supuesto, Ulrich Beck no es el primero en celebrar la supuesta revolución copernicana provocada por el empleo flexible. Tampoco es el primero en señalar hasta qué punto este debilitamiento masivo se debe a la abrumadora feminización de la mano de obra, cuya doble jornada exigía horas más elásticas para la extracción de plusvalía.<sup>44</sup> Sin embargo, abre nuevos caminos cuando asimila esta feminización –por no hablar de la correspondiente etnización de la mano de obra impuesta también por la carrera de reducción de costes– al síndrome general que se viene llamando brasilización. A condición, claro está, de que a la flexibilización se la llame por su verdadero nombre brasileño, a saber: un empeoramiento tal de la desposesión y el desamparo de los individuos flexibilizados que éstos adoptan cada vez más los rasgos de los “hombres precarios” de la periferia.<sup>45</sup> Precarios, pero alta-

<sup>44</sup> Al fin y al cabo, de eso se trata, como hace tiempo demostró David Harvey (1989), entre otros estudiosos de la llamada acumulación flexible. Una demostración más de la novedad no prevista por aquellos de izquierda que siempre han apostado por el carácter intrínsecamente progresista del capitalismo, es decir, el retorno de estrategias para extraer plusvalía absoluta posibilitadas por el desarrollo de nuevas tecnologías para organizar la producción, que a su vez, ahora sí, como se esperaba, aumentó la valorización de la nueva fuerza laboral intelectual, incluida la valorización política, como instrumento privilegiado en la desmoralización del sindicalismo en conflicto. El llamado régimen de acumulación flexible resultaría de la recombinación de estas dos estrategias clásicas, pero en condiciones tales que diferentes sistemas de trabajo alternativos puedan coexistir en el mismo espacio, asegurando al empresario capitalista esa libertad de elección entre modos de trabajo aparentemente incongruentes. La explotación económica como hasta entonces sólo se había visto en las industrializaciones periféricas. De ahí la fuerte impresión de dualización subdesarrollada que provoca el espectáculo que ofrece el “desorden” del capitalismo previamente organizado, al menos en el Centro.

<sup>45</sup> Título de un libro pionero de Flávio Aguiar sobre el teatro de Qorpo Santo, escritor brasileño del siglo XIX que elevó a la enésima potencia el *nonsense* ideológico de “vivir en una colonia”, incluida

mente maleables y plásticos en su informalidad nata. Este es el punto óptimo, aunque ciego, de la nueva apologética: desenmarañar la exuberancia sin carácter de los personajillos de la antigua franja colonial del sistema y el proceso metropolitano de “corrosión del carácter” por la Sociedad de Riesgo.

## 11 EL MUNDO SIN CULPA (II)

De hecho, ha sido un encaje que nadie podía esperar. La supuesta contaminación legitimadora de la acumulación flexible por la fluidez de la buena alternancia brasileña de orden y desorden, vanguardia productiva y retaguardia social, ha estilizado en realidad la convergencia entre dos modernizaciones abortadas, o consumadas, poco importa, confluencia entre el desaburguesamiento de las élites globales y el “mundo sin culpa” moldeado en la otrora prometidora cuasi-anomia periférica. Mientras tanto, aquellos que están desclasificados del orden colonial se han vuelto absolutamente modernos.

En el ámbito de la tradición crítica brasileña que estamos revisando, el primero en señalar la metamorfosis del malandro<sup>\*</sup>, o más exactamente el despiadado comentario sobre la actualidad que sufren las perspectivas sociales proyectadas por la Dialéctica de la Granjería [Malandragem], fue el crítico literario Roberto Schwarz, no por casualidad, repito, el máximo representante de esta misma tradición.

“El ensayo de Antonio Candido fue publicado en 1970, y posiblemente fue escrito entre 1964 y la AI-5<sup>\*</sup>. En este caso, la reivindicación de la dialéctica de la granjería [malandragem] contra el espíritu del capitalismo es tal vez una respuesta a la brutal modernización en curso. Sin embargo, la represión desatada a partir de 1969 –con sus intereses clandestinos en su propio terreno, sin definir responsabilidades, y siempre en aras de esa misma modernización–, ¿no participó también de la dialéctica del orden y el desorden? Tal vez se argumente que

---

la fuerza bruta del trabajo obligatorio, junto a la locura “sistémica” de las pacholas [tortitas de carne molida] de todo tipo, germinando en la tierra de nadie entre los dos *fronts* de la fractura colonial.

<sup>\*</sup> En Brasil, malandro (o malandrera) se refiere a un estilo de vida bohemio, fiestero, entregado a los placeres, también a la pillería o la granjería. En Venezuela, Colombia, Ecuador y México, malandreo o malandro es sinónimo de delincuente (Nota del trad.).

<sup>\*</sup> El Acto Institucional N° 5 o AI-5 (13 de marzo de 1968 - 13 de octubre de 1978) fue el quinto de una serie de autos emitidos por el régimen militar brasileño los años siguientes al Golpe de Estado de 1964. El AI-5, solapándose a la Constitución de 24 de enero de 1967, así como a las constituciones provinciales, daba poderes extraordinarios al Presidente de la República y suspendía varias garantías constitucionales.

sólo en el plano de los rasgos culturales se oponen granujería y capitalismo ...” (Schwarz, 1987: 154).

Esta observación se realiza en torno a 1978. Se verificó de forma aún más enfática a principios de los años noventa, una década después de la desilusión desarrollista, a propósito de un importante ensayo de interpretación de Brasil que todavía se inspiraba en el proyecto modernista tardío de incorporación disidente de la herencia colonial preburguesa, de espaldas, sin embargo, a lo que esa herencia llegó a ser en realidad, así como a sus portadores originales. Estos últimos,

“según la fórmula de un observador reciente, son sujetos monetarios sin dinero, en un contexto en el que la delincuencia y el gangsterismo forman parte tan estructural como el encanto de la cultura analfabeta (...) sin perjuicio de la gracia y el espíritu utópico, nuestro bagaje no burgués también se ha mostrado capaz de legitimar el capitalismo sin ley ni ciudadanía que se ha instalado en el país” (Schwarz, 1999a: 70).<sup>46</sup>

Lo más sorprendente de la intersección que estamos examinando, esta vez en la opinión desprevenida de la apologética metropolitana, es que el capitalismo con ley y ciudadanía en su núcleo orgánico se parece cada vez más a nuestra ya ultramoderna granujería. Tiene gracia que nos inviten a reconocer algunos estereotipos de la extinta granujería nacional incrustados en la fluidez conexionista que encarna el nuevo paradigma de la Sociedad Red. Esta gracia también se ve reforzada por la demostración del efecto opuesto de economía moral, como en el ya mencionado argumento crítico de Luc Boltanski y Ève Chiapello, quienes, al mejor estilo de la *Ideologiekritik* de procedencia materialista, se toman al pie de la letra los enunciados prácticos del mundo conexionista. Piénsese, por ejemplo, en el análisis del llamado comportamiento “oportunista” de los *networkers* y sus implicaciones como forma de explotación económica en red, en la medida en que desencadena procesos de exclusión al reducir la “empleabilidad” de los demás miembros de un colectivo laboral. En un estudio anterior sobre las situaciones emocionales que estaban cristalizando en la variante italiana de la acumulación flexible, Paolo Virno también señalaba cómo la versatilidad adaptativa exigida por la nueva dependencia del trabajo –que se resumiría en la falsa liberación postaylorista– equivalía a un cierto oportunismo militante, por otra parte expresión paradójica de una disposición que nos es fami-

<sup>46</sup> El autor de la fórmula “sujetos monetarios sin dinero”, es decir, exproletarios virtuales, es el teórico alemán Robert Kurz, divulgado en Brasil por el otro Roberto, siempre es bueno recordarlo, dado que esta gravitación conjunta forma parte del argumento.

liar: la “profesionalidad” proclamada por los flexibilizadores no sería más que una estilización cínica de las cualidades de supervivencia perfeccionadas durante prolongados periodos de precariedad o simplemente de pretrabajo (cf. Virno, 1991).

Un último atisbo de esta metamorfosis de los habitantes del "mundo sin culpa" lo vuelve a tomar el mismo Roberto Schwarz de una de las obras literarias más importantes de la década de 1990, la novela *Ciudad de Dios*, de Paulo Lins, sobre la expansión y mutación histórica del crimen en Río de Janeiro. Ya en las páginas iniciales, el crítico redescubre las pautas clásicas de la vida popular brasileña, donde “en buena paz y sin sobresalto para la conciencia, tener un pie en la irregularidad convive con la disposición servicial”, pero sólo hasta que esta constelación cordial y optimista es desafiada por “la pobreza, el desempleo y, sobre todo, por los primeros cadáveres que flotan en el río que corre junto a la favela. El aspecto de la vida popular que prevalecerá es otro”. En la primera secuencia del robo de un prosaico camión de gas que vende bombonas a los residentes, los bandidos patean en la cara a un “trabajador” que, tendido en el suelo, intentaba esconder el dinero:

“¿La palabra ‘trabajador’ hace más reprobable la violencia de los bandidos? ¿O, por el contrario, se burla del incauto que quiso engañarlos? Es imposible decirlo. La ambivalencia en el vocabulario refleja la inestabilidad de los puntos de vista incrustados en la acción, una cierta negación granuja entre el orden y el desorden – para retomar en momento diferente la terminología de la ‘Dialéctica de la granjería’. Por cierto, los mismos ladrones entregan las bombonas de gas a la gente asustada, que se escabulle, pero en un minuto se lleva toda la mercancía” (Schwarz, 1999b: 163s.).

Así que seguimos en el corazón de la dualidad brasileña, pero ahora entendida como la experiencia formativa de la matriz popular, como vimos en los términos clásicos de Antonio Candido, una especie de “equilibrio entre el bien y el mal, compensados a cada momento el uno por el otro sin aparecer nunca en estado de totalidad”, de modo que los pares antitéticos de las sociedades consolidadas –lícito o ilícito, moral o inmoral, justo o injusto, etc.– son reversibles y no estancos, inmunes a la clásica racionalización ideológica de las antinomias, coexistiendo aquí en una curiosa penumbra (Candido, 1993: 48). Pero espantosamente convertidas en su contrario complacientemente autodestructivo. Nada más flexible que la ocupación precaria de un “animal suelto”<sup>47</sup> y su respectiva sociedad de riesgo.

<sup>47</sup> En la tipificación jerárquica de los bandidos en la sociedad “relacional” de *Cidade de Deus*.

Si pasamos a las élites, nos encontraremos con la misma granjería, sólo que ahora al servicio del Orden. En este capítulo, es muy posible que también se nos reconozca como pioneros en el campo de la degradación *avant la lettre*, a saber, las devastadoras consecuencias sociales del “absurdo y antisocial margen de libertad de que goza en el país la clase dominante, fortalecida por su encaje con el ‘progreso’ del mundo moderno” (Candido, 1993: 48). Como nuestra burguesía nunca se ha guiado, ni podría hacerlo, salvo por razones suicidas, por el austero *ethos* weberiano de la acumulación, su dualidad envilecida -un pie en el patrimonialismo local, el otro en los modernos intercambios transatlánticos- anticipó, por así decirlo, la desmoralización contemporánea de las burguesías mundiales tardías. Francisco de Oliveira acuñó recientemente la expresión “síndrome ruso” para caracterizar las privatizaciones brasileñas aún en curso -el vendedor también suele pasar al otro lado del mostrador como el comprador-, pero no sería exagerado reconocer la huella indeleble de la hoy denostada flexibilidad brasileña en el escenario postsoviético en el que gravitan los “capitalistas sin capitalismo”: una buena investigación comparada podría descubrir algunas antiguallas en términos de ambivalencia tramposa en el desorden de Europa del Este. Pero no hay que ir tan lejos.<sup>48</sup> En general, el brillo tramposo, la alternancia promiscua de lo lícito y lo ilícito, son reconocibles en estado bruto en la delincuencia financiera actual, posiblemente otro síntoma de la brasilización del mundo. Pienso, entre otros detalles edificantes para un brasileño, en una observación de la jueza Eva Joly sobre su dificultad para catalogar como acusado a un delincuente de cuello blanco, o más bien monocromático, personaje que hoy es inviable sin la asociación con el alto precio de las decisiones de los políticos sobre privatizaciones y concesiones de servicios públicos, sobre todo si se tiene en cuenta que, para la tradición jurídica de la Ilustración, el delincuente era ante todo una víctima de sus circunstancias. Sin embargo, el nuevo delincuente económico - nuestro bribón flexible del orden y el desorden mundial- tiene, por el contrario, una notable trayectoria institucional de superadaptación, precisamente de una “naturalidad” incomparable y muy brasileña<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> Un buen ejemplo del *modus operandi* del Estado en Red -tal como lo conceptualizan Manuel Castells y sus asociados- puede encontrarse en el último escándalo de la República, un tenebroso asunto de alto tráfico en la Secretaría General de la Presidencia de la República. Para un comentario sobre las implicaciones sistémicas de los negocios globalizados con fondos públicos, véase Oliveira, 2000: 1-3.

<sup>49</sup> Me remito a la reseña de *Notre affaire à tous* de Eva Joly (Leite, 2000: 30).

Por último, en esta serie de sucesivas invalidaciones de la lógica nacional de la suavización de los conflictos y la correspondiente relativización de los polos antagónicos, era necesario añadir la advertencia con la que empezamos –que en comparación con sistemas sociales rígidos como el norteamericano, el futuro es más bien para sociedades relacionales como la nuestra– en particular, las grandes mediaciones evocadas por el antropólogo Roberto Da Matta, al plantear el juicio negativo sobre la brasilización de las desigualdades americanas, como el carnaval, la música popular, la familia, etc. Repito que este juicio también acaba de ser formulado, por así decirlo, en el plano más contundente de las imágenes, por otro implacable comentario actual. Me refiero a la citada película de Sérgio Bianchi, *Cronicamente Inviável*, que comienza revelando la fabricación de la azucarada “dictadura bahiana de la felicidad”, pasa por el vaciamiento sociofamiliar de la utopía carioca de la Bossa Nova y culmina en una grandiosa pelea familiar, repartida a partes iguales entre el hijo matón y el romance de la criada dispuesta a abrir la tripa de Madame, de hecho, su compañera de infancia y Casa Grande en Gávea. Por lo demás, la mayor parte de las secuencias están compuestas por las andanzas de un antropólogo en el país del exterminio que ahora es Brasil, cuya dudosa clarividencia intelectual casa a la perfección con el tráfico de órganos, porque nadie es de hierro y siempre se necesitan unos dólares para llegar a fin de mes. Lo que no deja de ser una vuelta de tuerca más en la inversión histórica de la picaresca nacional.

Subiendo de nuevo a las altas esferas, la alternancia de orden y desorden se ha convertido finalmente en *ostentoso resentimiento*, hasta el punto de convertirse en un rasgo fisonómico de clase, según la buena observación del crítico de cine Ismail Xavier, en una reciente revisión del cine brasileño de los años noventa (2000). De hecho, tras repasar la importante galería de resentidos en la filmografía de la época, Ismail Xavier llega a sugerir que la figura del resentimiento se ha convertido tal vez en una categoría clave para el diagnóstico nacional, como si todo el mundo rumiase algún tipo de desgracia histórica, con cuya naturaleza, infelizmente, no es muy difícil atinar. Hubo una explosión, y en medio de la metralla “lo nacional es una experiencia en rebeldía (que) sin embargo se impone, a través de la propia estructura de la película [de Sérgio Bianchi], como un territorio y como un destino, como la mesa del restaurante”. Volviendo a la desautorización histórica del mito de la tierra sin mal, debido a la laxa interiorización de la Ley, la película se preocupa de distinguir el resentimiento de los oprimidos de su versión de clase alta. Estos últimos, por ejemplo, no pueden asumir la vergüenza permanente del lugar donde

viven y aspiran al menos a la violencia civilizada del Primer Mundo, en contraste con la violencia *sans phrase* de los subdesarrollados, cuyo encantador desorden de antaño se habría convertido en sinónimo de la incivilidad más brutal, una obsesión, esta última, a lo largo de toda la película. Otra observación preciosa de Ismail Xavier revela una cierta “incompetencia” en el origen del resentimiento de los de arriba. En el momento del brindis por Nueva York, al menos una persona humillada por un robo y otra mutilada por un accidente de tráfico poco europeo están reunidas alrededor de la mesa del restaurante políticamente correcto. Resentimiento a medio camino entre la amargura del patrón decepcionado –como caracterizó en su día Antonio Candido la imagen del pueblerino desvitalizado y atrasado creada por Monteiro Lobato– y la ineptitud truculenta de una clase dirigente tan malvada como estúpida, en opinión fuera de toda sospecha de izquierdismo de Celso Furtado poco después de nuestro acuerdo de quiebra con el FMI:

“hay una especie de estrategia con respecto a Brasil, comandada por Estados Unidos y basada en la idea de que Brasil se ha mostrado incapaz de gobernarse a sí mismo. Un país con tantas posibilidades que está cayendo tan bajo tiene una clase dirigente inepta. Para cambiar esto, hay que quitar a la clase dirigente el instrumento de la política monetaria. Con la dolarización, el sistema monetario sería gestionado por la Reserva Federal, que es el Banco Central de Estados Unidos. Esta es la esencia misma de la globalización”<sup>50</sup>.

Volvamos al hemisferio superior del Orden, tomándolo ahora en su sentido más pleno, a la esfera simbólico-normativa de la Ley que nunca fue plenamente in-troyectada en la organización subjetiva de los peces gordos nacionales y su clientela, al menos no con la intensidad y la convicción deseadas por los freudianos –como se recuerda, la norma burguesa de la subjetividad más exigente no dependía realmente de nosotros (cf. Figueira, 1991). Empezando por el psicoanalista granuja que negocia el precio de la sesión con o sin factura. Así, en opinión de un antiguo ministro de los tiempos del Plan Cruzado\* –nuestro último espasmo desarrollista– comentando la misma película de Bianchi, que obviamente hablaba a su imaginación en un país de evasores fiscales confesos: “cuando se trata de un peligro, de un accidente, de un robo o de un rescate, se muestran tal como son: roban, salvan a

<sup>50</sup> Celso Furtado, entrevista à revista *Bundas*, 12-19 de outubro de 1999: 11.

\* El Plan Cruzado fue una serie de medidas económicas, puestas en marcha por el gobierno brasileño el 28 de febrero de 1986.

los suyos y huyen”, y lo que es más importante, “lo hacen casi todo legalmente” (Sayad, 2000: D-2). *Lato sensu*, por supuesto: les recuerdo que estamos hablando de Ley y Orden en un mundo sin culpa, cuyo desajuste global está dando un nuevo sentido al desorden de nuestro antiguo progreso.

Volviendo a la película: “dos ricachonas atropellan a mendigos y, en lugar de socorrer a las víctimas, producen discursos bien articulados en los que se exoneran de culpa” (Oricchio, 2000: D-6)<sup>51</sup>. Aberraciones aparte, la gran novedad reside precisamente en esa “articulación”, en la ingeniosa capacidad intelectual de “formular”, algo inaudito en vista de la tradicional grosería de nuestro buen pueblo, posiblemente el legado máspreciado de la actual élite gobernante para la historia de la civilización brasileña: ante la serie de horrores del día a día nacional, todos “formulan” muy bien. Continúa: “[una de ellas, la profesora bobalicona] dice que no tiene la culpa de que el hombre atropellado haya violado la ley, que no es posible vivir en un país donde la gente no tiene la menor noción de contrato social” (Oricchio, 2000: D-6). De hecho, al menos en este tema de culpar a los individuos empujados a los márgenes del sistema como inempleables e insolventes, no tenemos la primacía total, así como en lo que respecta a la correspondiente irresponsabilidad de los grupos dirigentes que parecen negociar, en el nombre de la canalla inepta y desdentada, con el vasto mundo de la riqueza cosmopolita. Vale la pena recordar, para volver al punto, más precisamente a otro punto en el que parecen converger el mundo sin culpa de la élite brasileña y el mundo europeo del trabajo culpado de su propia perdición, que si bien es cierto que la creciente irresponsabilidad del mando político-económico en Brasil tiene raíces locales, éstas se refuerzan hoy, como hemos visto, por el libre acceso patrimonialista al dinero mundial, algo que tiene que ver con el nuevo *ethos* de la reestructuración productiva de cuño gerencialista-flexible, cuyo punto de honra consiste precisamente en dominar el arte de ejercer el poder más desenfrenado sin ser considerado responsable de nada que no se deba a la resucitada “fuerza de las cosas”, desde el suelo de la fábrica hasta los despachos ministeriales. De este nuevo *habitus* procede la infame “arrogancia” de la nueva clase dominante, con la que chocaron frontalmente los huelguistas franceses de 1995 (cf. Le Goff, 1996; 1998).<sup>52</sup> Otra figura de la huida de la responsa-

<sup>51</sup> “De hecho, casi todos los personajes de la película se enfrentan al mismo problema: liberarse de toda responsabilidad por los horrores que están ocurriendo en el país” (Coelho, 2000: E-10).

<sup>52</sup> Me permito recordar una vez más que la materia prima ideológica a partir de la cual Luc Boltanski y Ève Chiapello trazaron las líneas de fuerza del *Nuevo Espíritu del Capitalismo* procede sobre todo de la jerga de la gestión flexible.

bilidad –sólo el “cambio” es el agente responsable, observa Richard Sennett, a propósito de la demagogia antiautoritaria de que trabajo y capital juegan ahora en el mismo equipo: si todo el mundo es víctima de su época, la autoridad se vuelve invisible– es la ironía blanca de los posmodernos. Así, el hombre irónico, transformado por Richard Rorty en el héroe intelectual de nuestro tiempo, no es más que la transposición *highbrow* del universo de la acumulación flexible, sin normas de autoridad y responsabilidad (Sennett, 1998: cap. 6). En este juego de poder irresponsable, la ironización de los comportamientos se bifurca evidentemente: hacia arriba, la autoridad mal caracterizada por la afirmación de que los procesos destructivos en curso están comandados por la ironía objetiva de las cosas, ciega por definición; hacia abajo, la autodesmoralización de la disidencia. En la periferia, la Dialéctica de la granjería, ahora en el punto de mira mundial, también podría descifrarse en sus inicios cargados de futuro como una especie de ironización permanente de las motivaciones, con la salvedad de que el respiro prometido condujo a lo que estamos viendo.

El crítico de cine Paulo Emílio Salles Gomes solía referirse a las clases fundamentales de una periferia en la que la condición colonial se reconfiguraba con cada variación del centro hegemónico mundial con los términos “ocupante” y “ocupado”. Más que nunca, vale la pena releer este pasaje premonitorio a la luz de la actual regresión colonial, a medida que avanzan las fronteras inmateriales del nuevo imperialismo, las que realmente cuentan, siendo el resto cargas fiscales-represivas de la administración local:

“Nunca fuimos propiamente ocupados. Cuando llegó el ocupante, el ocupado existente no le pareció adecuado y fue necesario crear otro (...) La peculiaridad del proceso, el hecho de que el ocupante creara al ocupado a su imagen y semejanza, convirtió a este último, hasta cierto punto, en su semejante. Psicológicamente, el ocupado y el ocupante no se sienten como tales: de hecho, este último también es nuestro y sería sociológicamente absurdo imaginar su expulsión como se expulsó a los franceses de Argelia (...) El panorama se complica cuando recordamos que la metrópoli de nuestro ocupante nunca se encuentra donde él está, sino en Lisboa, Madrid, Londres o Washington (...) Por ahora, basta constatar que la maraña social brasileña no oculta la presencia del ocupante y del ocupado en sus respectivas posiciones a quien esté dispuesto a ver” (Gomes, 1980: 40).

Esto se dijo en 1973. La actual des-solidarización post-nacional acabó haciendo justicia a la verdad de aquel anacronismo. Veinte años después, Celso Furtado constató que los ricos nacionales, por así decirlo radicados en Brasil, volvían a ser vistos como habitantes de otro planeta (Furtado, 1998: 40).

## 12 “FUIMOS Y SOMOS ILEGALES” (I)

Podría decirse que los recientes estudios de la urbanista Ermínia Maricato están depurando la matriz brasileña de esta segunda periferización del mundo. Me refiero en particular a un libro *A metrópole na periferia do capitalismo* (1996) –cuyo título (parafraseado anteriormente, como el lector seguramente habrá notado) enuncia precisamente este “cortocircuito entre metrópolis y periferia”<sup>53</sup>, que en principio no podrían ir juntas. Pero cuando se juntan en las megaciudades del capitalismo periférico –es decir, por un lado, una ciudad global que sirve de cebo para atraer a los inversores internacionales, por otro, la hinchazón entrópica de la pobreza y el desamparo de las periferias– revelan el fondo falso, o más bien verdadero, del “mundo sin culpa” en su reconfiguración más avanzada, otra actualización, esta vez urbana. Ermínia Maricato no ha hecho más que redescubrir el hilo granuja del orden y el desorden en la urbanización brasileña, el mismo hilo que el crítico literario Roberto Schwarz –cuyos esquemas le sirvieron de indicio– redescubrió en el narrador machadiano, mascarón de proa de nuestro antiguo régimen liberal-esclavista, empeñado en demostrar su superioridad, unas veces acatando las normas cultas del mundo europeo, otras desafiando y desacreditando sus efluvios civilizadores. La misma degradación contemporánea de la otrora popular alternancia entre lo lícito y lo ilícito se aplicaría así a la producción capitalista del espacio en la ciudad, ahora bajo la forma de una perversa articulación entre poder público arbitrario y relegación social.

Al reseñar libremente el libro, Otilia Arantes –cuyo comentario seguiré al pie de la letra –sugirió que la siguiente observación bien podría servir de epígrafe del mismo: “fuimos y somos ilegales” (cf. Arantes, 1997). La frase procede de un antiguo habitante de las favelas y expresa el abatimiento de un hombre precario cuya posesión ilegal de una parcela clandestina le deja a merced de todo tipo de arbitrariedades –desde la policía hasta el poder judicial. El caso es que este delincuente nato e indefenso es alentado por el propio Estado y sus ramificaciones en el submundo

<sup>53</sup> Como lo caracteriza Otilia Arantes, a cuya reseña me referiré más adelante.

del negocio inmobiliario a seguir ocupando ilegalmente el terreno, con la granuja salvedad propia de una sociedad que combina el sí y el no sin exclusividad y cultiva la flexible ambivalencia de las zonas intermedias entre el bien y el mal: la legislación puede aplicarse o no; a veces se aplica la informalidad clientelar, a veces las leyes del mercado. Continúo citando. Pasando al polo dominante, la misma afirmación puede releerse en clave cínica. Aquí el juego entre la excepción y la regla continúa en la contravención practicada sistemáticamente por las élites. Siempre es bueno recordar que comenzamos nuestra vida soberana como un Estado esclavista, infractor nato de las leyes internacionales contra la piratería. Para completar el razonamiento, la brasilización del mundo llega a su fin: en la última década, las organizaciones multilaterales han empezado a recomendar la regularización a la brasileña de los asentamientos espontáneos (*sic*). En resumen, la dialéctica de la granujería a escala mundial.

### 13 “ÉRAMOS Y SOMOS ILEGALES” (II)

La consumación de la modernidad flexible, pues, es lo que estamos viendo en el viejo laboratorio brasileño de la globalización: ese ir y venir en la peculiar esfera de los más diversos ilegalismos, tanto en el plano del mero trabajo temporal e informal de los desposeídos, como en la esfera de la alta transgresión que distingue a los pilares de la sociedad nacional. A eso se agrega otra contribución igualmente idiosincrática, la aplicación caprichosa de la ley<sup>54</sup>, arbitrariedad que, en este caso, debe paradójicamente regular la producción del espacio urbano. Como señala Ermínia Maricato, el régimen altamente flexible que impera en esta tierra de nadie de la ciudad ilegal no sólo exige un aparato normativo hinchado hasta el límite de lo surrealista, sino que convive muy bien con su contrapartida alternativa. Esta misma “furia reguladora” se está manifestando también en el desmantelamiento del mundo del trabajo brasileño, que también se rige por la misma lógica dual que estamos redescubriendo en el síndrome de la brasilización del mundo. Por lo que sé, la evolución de esta otra anomalía local ha sido seguida por un grupo de investigadores de la “nueva cuestión social brasileña”, como ellos denominan a la amalgama de la pobreza “atrasada” con los nuevos desheredados de la reestructuración productiva

<sup>54</sup> Wanderley Guilherme dos Santos habla de “castigos aleatorios y sentencias erráticas”, a propósito del hibridismo institucional brasileño (1993: cap. 3). En su opinión, el Brasil de los recién estrenados años 90 y su cadena de ajustes macroeconómicos habrían reactivado algo así como una versión mercantil del modelo mafioso.

global, dando lugar a un moderno conjunto de “excluidos” reducidos a la condición natural de paisaje.<sup>55</sup> Es evidente que, ante la asombrosa inestabilidad ocupacional que caracteriza al mercado de trabajo en Brasil, todo está ocurriendo como si también fuéramos flexibles de nacimiento en este dominio avanzado de la sociedad global del riesgo. Pero no se trata sólo del formidable y creciente contingente de trabajadores que hoy van y vienen entre el desempleo y las mil formas de trabajo precario, y que por lo tanto viven en una especie de confinamiento, sin las escasas garantías sociales conquistadas por los asalariados formales. Estos últimos tampoco pueden escapar a la malla desestabilizadora de las ilegalidades permitidas. Es aquí donde la mencionada “furia reguladora” coexiste con la elusión rutinaria de las normas contractuales, de modo que, a través de prácticas de despido recurrentes, el núcleo duro del trabajo organizado acaba encontrándose en el otro extremo de la informalidad.<sup>56</sup> En el límite de esta red de ilegalización, categorías profesionales enteras acaban simplemente “desapareciendo”, tanto de las estadísticas como de la representación sindical. Gracias a una externalización depredadora y sucia, no están “fuera” del mercado, simplemente se han vuelto socialmente invisibles (da Silva Telles, 1996). Igual que los sin techo, expurgados del censo nacional actual por órdenes “científicas” superiores<sup>57</sup>.

Pensándolo bien, el nuevo mundo feliz del trabajo está aquí mismo. Sólo un ejemplo, tomado de la vanguardia de los *flextimers*. Me refiero a los nuevos campeones de la flexibilidad, situados justo en la cima de la escala de cualificaciones que exige una economía basada en el trabajo con información. En el nuevo régimen de riesgo global, están en el centro de una mano de obra en permanente disponibilidad y, por tanto, en peligro, como se suele decir, si no están conectables en cualquier momento y en cualquier lugar. El ojo del historiador brasileño Luiz Felipe de Alencastro bien entrenado para las anomalías del mercado de trabajo nacional no tuvo dificultad en reconocer en el último producto de la basura cinematográfica estadounidense – “Misión Imposible 2”, o lo que sea – una estilización involuntaria de este trabajo ultraflexible a disposición, en la figura del “buen chico” que puede ser movilizado por la red telemática del Imperio en cualquier lugar para salvar a la

<sup>55</sup> En lo que sigue me baso principalmente en Vera da Silva Telles (1996 y 1998).

<sup>56</sup> Del mismo modo, un Estado altamente regulador, según Wanderley Guilherme, se ha convertido en el creador de grupos de interés rentistas (ibid.: 114). Cerrando el argumento, Vera Telles ve el narcotráfico y otras manifestaciones del crimen organizado, a través de las cuales los “excluidos” fuerzan su entrada en el mercado, como una especie de versión popular y más consistente del neoliberalismo –pragmático o no.

<sup>57</sup> *Folha de São Paulo*, 19.09.2000: 1-4.

humanidad o garantizar los beneficios extraordinarios de su empresa. Y como se trata de un ojo educado en el entrelazamiento secular del trabajo obligatorio y del llamado trabajo libre, ha reconocido, sobre todo bajo el barniz *high-tech* del individuo aislado y listo para ser empleado en cualquier circunstancia, nada menos que una especie de sirviente doméstico a la brasileña, debidamente globalizado. Pues no hay nada más parecido a la servidumbre de esta mano de obra desechable de última generación que el destino emblemático de la pobre criatura colonial, “alojada en la trastienda de la casa o del piso y dispuesta, todos los días, a todas horas, a atender las peticiones y abusos del patrón, de la señora y de los niños de la familia”<sup>58</sup>. Una vez más, todo un laboratorio para el infame desarrollo desigual y combinado de un capitalismo que parece seguir siendo el mismo. ¿O no?

*Traducción del portugués de José A. Zamora*

## REFERENCIAS

- ADDA, Jacques (1996): *La mondialisation de l'économie*, París: La Découverte.
- ALENCASTRO, Luiz Felipe de (2000): “A servidão de Tom Cruise”, *Folha de São Paulo*, Caderno Mais!, 13 de agosto: 7.
- ARANTES, Otília (1997): “Pobre cidade grande”, *Jornal de Resenhas* 10 de mayo.
- ARANTES, Otília (1999): *Urbanismo em fim de linha*, São Paulo: EDUSP.
- ARANTES, Otília, Carlos VAINER y Ermínia MARICATO (2000): *A Cidade do Pensamento Único*, Petrópolis: Vozes.
- ARANTES, Paulo (1992): *Sentimento da Dialética na Experiência Intelectual Brasileira*, São Paulo, Paz y Tierra.
- ARRIGHI, Giovanni (1997): “Século Marxista, Século Americano”, en *A Ilusão do Desenvolvidos*, Petrópolis:
- ASCHER François y Francis GODARD (1999): “Vers une troisième solidarité”, *Esprit*, noviembre.
- BACHMANN, Christian, Nicole LE GUENNEC (1997): *Autopsie d'une émeute*, París: Albin Michel.

<sup>58</sup> Luiz Felipe de Alencastro (2000: 7). De nuevo, no estoy diciendo nada que un cartógrafo de fracturas francesas, por ejemplo, no pudiera trazar por sí mismo. Sobre todo, si es lector de André Gorz. Teniendo esto en cuenta, me gustaría aprovechar esta oportunidad para recordar un paso “brasileño” en su crítica de la falsa superación de la sociedad salarial, precisamente el que se refiere a la supuesta transición de la sociedad industrial a la economía informacional de servicios. Quiero referirme a otra dimensión de la “dualización” de las sociedades centrales, su aspecto propiamente colonial, la resurrección posmoderna del trabajo servil, el trabajo de la multitud pauperizada, cuyo *métier* es ahora servir, y servir para que quede claro que son inferiores y que las nuevas jerarquías están aquí para quedarse y, por lo tanto, se están monetizando (cf. Gorz, 1963: 48-52).

- BALIBAR, Etienne (1991): *Les frontières de la démocratie*, Paris: La Découverte.
- BECK, Ulrich (1992): *Risk Society*, Londres: Sage.
- BECK, Ulrich (1999): *O que é globalização?*, São Paulo: Paz e Terra.
- BECK, Ulrich (1999): “Goodbye to all that wage slavery”, *New Statesman*, 5 de marzo.
- BECK, Ulrich (2000): *The brave new world of work*, Londres: Polity.
- BEILHARZ, Peter (1994): *Postmodern socialism—romanticism, city and state*, Melbourne: Melbourne UP.
- BEILHARZ, Peter (1999): “Globalização, Bem Estar e Cidadania”, en M. C. Paoli y F. de Oliveira (eds.) *Los sentidos de la democracia*, Petrópolis: Vozes.
- BENZAQUEN DE ARAÚJO, Ricardo (1994): *Guerra e Paz – Casa Grande e Senzala e a obra de Gilberto Freyre nos anos 30*, Rio de Janeiro: 34 Letras.
- BOLTANSKI, Luc e Ève Chiapello (1999): *Le Nouvel Esprit du Capitalisme*, Paris: Gallimard.
- BORJA, Jordi y Manuel CASTELLS (1996): “As cidades como atores políticos”, *Novos Estudos*, CEBRAP, n° 45.
- BORJA, Jordi y Manuel CASTELLS (1997): *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid: Taurus.
- CANDIDO, Antônio (1987): “Literatura e Subdesenvolvimento”, en *A educação pela noite*, São Paulo, Ática, 1987.
- CANDIDO, Antônio (1993): *O Discurso e a Cidade*, São Paulo: Duas Cidades.
- CARDOSO DE MELLO, João Manoel (1992): “Conseqüências do neoliberalismo”, en *Economia e Sociedade, Revista do Instituto de Economia da UNICAMP*, n° 1.
- CARDOSO DE MELLO, João Manoel y Fernando NOVAIS (1998): “Capitalismo tardio e sociabilidade moderna”, en L. Moritz Schwarcz (org.), *História da Vida Privada no Brasil*, vol.4, São Paulo: Cia. das Letras: 644-645.
- CASTEL, Robert (1995a): *Les Métamorphoses de la Question Sociale: une chronique du salariat*, (trad. bras., Vozes: Petrópolis, 1998), Paris: Fayard.
- CASTEL, Robert (1995b): “L’avenement d’un individualisme négatif” – Entrevista de F. Ewald, *Magazine Littéraire*, N° 334. Julio-Agosto.
- CASTELLS, Manuel (1983): *The City and the Grassroots*, Berkeley, University of California Press.
- CASTELLS, Manuel (1986): *The Rise of The Network Society*, Cambridge, MA: Blackwell
- CASTELLS, Manuel (1989): *The Informational City*, Oxford/Cambridge: Blackwell
- CASTELLS, Manuel (1998): *The End of Millenium*, Cambridge, MA: Blackwell.
- COELHO, Marcelo (2000): “‘Cronicamente Inviável’ traz denúncia moral e desconforto”, *Folha de São Paulo*, 10 de mayo: E-10.
- DA SILVA TELLES, Vera: (1996): “Questão social: afinal do que se trata?”, *Revista do SEADE*, São Paulo, octubre-diciembre.
- DA SILVA TELLES, Vera: (1998): “No fio da navalha”, ponencia, Instituto Polis, São Paulo.
- DANTAS, Marcos (1994): *Trabalho com Informação*, São Paulo: Editora Boitempo.

- DANTAS, Vinícius (2020): “De Titanic em Titanic”, *Jornal de Resenhas*, <https://jornalderesenas.com.br/resenha/de-titanic-em-titanic/>
- DAVIS, Mike (1993): *A Cidade de Quartzzo*, São Paulo: Scritta.
- DIRLIK, Arik (1997): *The Postcolonial Aura*, Boulder: Westview Press.
- DONZELOT, Jacques (1984): *L'invention du social. Essai sur le déclin des passions politiques*, Paris: Fayard.
- DONZELOT, Jacques (1999): “La nouvelle question urbaine”, *Esprit*, noviembre.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus (1995): *Guerra Civil*, São Paulo, Cía. de Letras.
- FASSIN, Didier (1996): “Marginalidad et marginados” in Serge Paugam (org.), *L'exclusion: l'état des savoirs*, Paris, La Découverte.
- FIGUEIRA, Sérvulo Augusto (1991): “Machado de Assis, Roberto Schwarz: psicanalistas brasileiros?”, en *Nos bastidores da psicanálise*, Rio de Janeiro: Imago, 1991.
- FIORI, José Luís (1999): “Introdução: De volta à questão da riqueza de algumas nações”, en Id. (org.): *Estados e Moedas no Desenvolvimento das Nações*, Petrópolis: Vozes: 11-46.
- FIORI, José Luis (2001): “A propósito de uma ‘construção nacional interrompida’”, en Id., *Brasil no espaço*, Petrópolis: Vozes.
- FIORI, José Luís y Carlos LESSA (2001): *Brasil no espaço*, Petrópolis: Vozes.
- FITOUSSI, Jean-Paul e Pierre ROSANVALLON (1996): *Le Nouvel âge des inégalités*, Paris: Seuil.
- FRIEDMAN, John (1995): “Where we stand: a decade of world city research”, en P. Knox y P. Taylor (eds.), *World Cities in a World-System*, Cambridge: Cambridge University Press.
- FURTADO, Celso (1977): “Brasil: de la República Oligárquica al Estado Militar”, en Id. (ed.), *Brasil, Tempos Modernos*, São Paulo: Paz e Terra.
- FURTADO, Celso (1989): *A Fantasia Desfeita*, São Paulo: Paz e Terra.
- FURTADO, Celso (1992): *Brasil, construção interrompida*, São Paulo: Paz e Terra.
- FURTADO, Celso (1998): *O capitalismo global*, São Paulo: Paz e Terra.
- GIDDENS, Anthony, Ulrich BECK, Scott LASCH (1995): *Reflexive Modernization*, Londres: Polity.
- GOMES, Paulo Emílio Salles (1980): *Cinema: trajetória no subdesenvolvimento*, São Paulo: Paz e Terra.
- GONÇALVES, Reinaldo (2000): “Capital Estrangeiro, Desnacionalização e Política Externa”, *Praga*, nº 9, São Paulo: Hucitec.
- GORZ, André (1963): “Pourquoi la société salariale a besoin des nouveaux valets”, *Manière de Voir*, n. 18: 48-52.
- GORZ, André (1991): *Métamorphoses du Travail*, Paris: Galilée.
- GRAY, John (1998): *False dawn*, Londres: Granta.
- GREIL, Paul y Anne WERY (1993): *Héros Obscurs de la Précarité*, Paris: L'Harmattan.
- GUILHERME DOS SANTOS, Wanderley (1993): *Razões da Desordem*, Rio de Janeiro: Rocco.

- GUILLUY, Christophe (2000): *Atlas des fractures françaises*, Paris: L'Harmattan.
- HALIMI, Serge (1996) "Balkanisation ou «brésilianisation»?", *Le Monde Diplomatique*, marzo: 12.
- HARVEY, David (1989): *The condition of postmodernity*, Oxford: Blackwell.
- HÉRAULT, Bruno (1997): "Fears on the City", en *La Pensée Confisquée*, ed. Merleau-Ponty Club, París: La Découverte.
- HONOLD, Alexander (2000): "País do futuro ou paraíso perdido?", en *Praga* n. 9, São Paulo.
- JAILLET, Marie-Christine (1999): "Can we talk about urban secession in terms of European cities?", *Esprit*, noviembre.
- JULIEN, Claude (1993): "Ces élites qui régnet sur des masses de chômeurs", *Le Monde Diplomatique*, abril: 9.
- JULIEN, Claude (1995): "Briève radiographie d'une fracture sociale", *Le Monde Diplomatique*, junio.
- KNOX, Paul y Peter TAYLOR (eds.) (1995): *World Cities in a WorldSystem*, Cambridge: Cambridge University Press.
- KURZ, Robert (1997): *Os últimos combates*, Petrópolis: Vozes.
- LASCH, Christopher (1995): *A revolta das elites*, Rio de Janeiro: Ed. Ouro.
- LE GOFF, Jean-Pierre (1996): "Le grand malentendu", en Jean-Pierre Le Goff/Alain Caillé: *Le tournant de décembre*, París: La Découverte
- LE GOFF, Jean-Pierre (1998): *L'Illusion du management*, París: La Découvert.
- LECHNER, Norbert (1990): "A modernidade e a modernização são compatíveis?", *Lua Nova*, São Paulo, n° 21.
- LEITE, Alcino (2000): "Resenha de Eva Joly, *Notre affaire à tous*, París: Les Arènes, 2000", *Folha de São Paulo*, 30 de julio: 30.
- LESSA, Carlos (1999): "O desenvolvimento brasileiro depois do neoliberalismo", ponencia presentada en el Seminario *O desenvolvimento: o fato e o mito*, UFRJ (septiembre).
- LIND, Michael (1995): *The next american nation*, New York: The Free Press
- LUTTWAK, Edward (1995): *Le rêve américain en danger*, (ed. estadounidense, 1993), París: Odile Jacob.
- MARICATO, Ermínia (1996): *A metrópole na periferia do capitalismo*, São Paulo: Hucitec.
- MOLLENKOPF, John y Manuel CASTELLS (orgs.) (1991): *Dual City restructuring New York*, New York: Russell Sage Foundation.
- OLIVEIRA, Francisco de (1998): "A vanguarda do atraso e o atraso da vanguarda", en *Os direitos do antivalor*, Petrópolis: Vozes.
- OLIVEIRA, Francisco de (2000): "As Caldas de Pereira: o escândalo globalitário", *Folha de São Paulo*, 17 de agosto: 1-3.
- ORICCHIO, Luis Zanin (2000): "A crônica de um impasse social", *O Estado de São Paulo*, 14 de mayo: D-6.
- PAUGAM, Serge (org.) (1996), *L'exclusion: l'état des savoirs*, Paris: La Découverte.

- PINÇON, Michel y e Monique Pinçon-Charlot, *Sociologie de la Bourgeoisie*, Paris, La Découverte, 2000.
- PRADO JUNIOR, Caio (1977): *Formação do Brasil Contemporâneo*, 15ª ed., São Paulo: Brasiliense.
- PRÉTECEILLE, Edmond (1994): “Global Cities and Social Segmentation”, en L. C. de Queiróz Ribeiro y O. Alves dos Santos Junior (eds.): *Globalisation, Fragmentation and Urban Reform*, Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- PRÉTECEILLE, Edmond (2000a): “Divisão Social e Desigualdade: Transformações Recentes na Metrópole Parisiense”, en L. C. de Queiróz Ribeiro (org.), *O Futuro das Metrôpoles*, Río de Janeiro: Revan.
- PRÉTECEILLE, Edmond (2000b): “Inégalités, division sociale e ségrégations: les transformations récentes de la métropole parisienne”, en G. Duhem, B. Gré-sillon, D. Kohler (orgs.), *Paris-Berlin*, Paris: Anthropos.
- PRÉVÔT SCHAPIRA, Marie-France (1999): “Amérique Latine: la ville fragmentée”, *Esprit*, noviembre: 128-144.
- QUEIRÓZ RIBEIRO, Luiz César de (2000): “Cidade Desigual ou Cidade Partida?”, en L. C. de Queiróz Ribeiro (org.): *O Futuro das Metrôpoles*, Río de Janeiro: Revan.
- REICH, Robert (1993): *L'Économie Mondialisée*, (ed. Americana de 1991), Paris: Dunod.
- ROMAN, Joël (1988): *La Démocratie des Individus*, Paris: Calmann-Lévy.
- RORTY, Richard (1998): *Achieving our country*, Cambridge: Harvard U.P.
- ROSENFELD, Anatol (1969): *Texto/Contexto*, São Paulo: Perspectiva.
- SAÏD, Edward (1995): *Cultura e Imperialismo*, São Paulo: Cia. das Letras.
- SASSEN, Saskia (1991): *The Global City*, Princeton: Princeton UP
- SASSEN, Saskia (1998): *As Cidades na Economia Mundial*, São Paulo: Studio Nobel.
- SASSEN, Saskia (1998): *Globalisation and its Discontents*, Nueva York: New Press.
- SAYAD, João (2000): “Cronicamente inviável”, *Folha de São Paulo*, 10 de julio: D-2.
- SCHWARZ, Roberto (1987): “Pressupostos, salvo engano, de ‘Dialética da Malandragem’”, en *Que Horas São?*, São Paulo: Cia. das Letras
- SCHWARZ, Roberto (1993): “Ainda sobre o livro de Kurz”, *Novos Estudos*, CEBRAP, nº 37.
- SCHWARZ, Roberto (1999): “Discutindo com Alfredo Bosi”, en *Seqüências brasileiras*, São Paulo: Cia. das Letras.
- SCHWARZ, Roberto (1999): “Cidade de Deus”, en São Paulo: Cia. das Letras.
- SCHWARZ, Roberto (1999): “Um seminário de Marx”, en *Seqüências brasileiras*, São Paulo: Cia. das Letras.
- SCHWARZ, Roberto (1999 [1994]): “Fin de siglo”, en *Seqüências brasileiras*, São Paulo: Cia. das Letras.
- SENNETT, Richard (1998): *The corrosion of character – the personal consequences of work in the new capitalism*, New York: Norton.

- SOJA, Edward (1991): "Poles apart: urban restructuring in New York and Los Angeles", en John Mollenkopf y Manuel Castells (orgs.) *Dual City restructuring New York*, New York: Russell Sage Foundation.
- SOJA, Edward (1993): "Tudo se junta em Los Angeles", en *Geografias pósmodernas*, Rio de Janeiro: Jorge Zahar.
- TAVARES, Maria da Conceição (1999): "Império, Território e Dinheiro", en J. L. Fiori (ed.), *Estados e Moedas no desenvolvimento das nações*, Petrópolis: Voces.
- TODD, Emmanuel (1998): *L' Illusion Économique*, Paris: Gallimard.
- TOURAINÉ, Alain (1988): *La Parole et le Sang*, Paris: Odille Jacob.
- TOURAINÉ, Alain (1991): "Face à l'exclusion", en Joël Roman (éd.): *Citoyenneté et urbanité*, Paris: Esprit: 165-173.
- TOURAINÉ, Alain (1997): *Pourrons-nous vivre ensemble?*, Paris: Fayard.
- VIRNO, Paolo (1991): *Opportunisme, cynisme et peur*, Paris: L'Éclat.
- WACQUANT, Loïc (1993): "De l'Amérique comme utopie à l'envers", en Pierre Bourdieu (org.), *La Misère du Monde*, Paris: Seuil: 175-176.
- WACQUANT, Loïc (1998): "Un laboratoire de la polarisation", *Le Monde Diplomatique*, abril: 28.
- WACQUANT, Loïc (1999): *Les Prisons de la Misère*, Paris: Raisons d'agir.
- WIEVIORKA, Michel (1999): *Violence en France*, Paris, Seuil, 1999.
- XAVIER, Ismail (2000): "O cinema brasileiro dos anos 90", *Praga* n. 9, São Paulo: Hucitec.